

LOS HÉROES DE VILAFRANCA

Ignasi García Barba

PERSONAJES

PILAR MARTÍNEZ, espía

PLÁCIDO GUERRA, espía

AGUSTÍN MARTÍNEZ, padre de Pilar

GERTRUDIS, madre de Pilar

MARÍA, criada

PACO, criado

MONCEY, mariscal francés

MORTIER, mariscal francés

MORLOT, general francés

CAYETANO, contrabandista

ACTO 1

ESCENA 1

(Salón de una casa de principios del S. XIX. Al fondo, una puerta que lleva a un jardín. PACO y MARÍA, los criados, quitan las sábanas que cubren el mobiliario, ventilan el lugar, quitan el polvo, barren...)

MARÍA- ¡Madre mía, cuánto polvo! Cómo se nota que hacía tiempo que no venían los Señores.

PACO- ¡Ni los Señores, ni nadie! Si Don Agustín hubiera pagado a alguien del pueblo para que viniera a limpiar de vez en cuando, ahora no habría tanta porquería.

MARÍA- ¡Siempre protestando!

PACO- Pero tengo razón. Lo que pasa es que Don Agustín es un tacaño. ¡Y hala, todo el trabajo para nosotros! ¡Tanto aquí como en Zaragoza!

MARÍA- Nosotros lo que tenemos que hacer es callar y obedecer. Así que no te entretengas y date prisa, si no esto todavía estará sucio cuando lleguen.

PACO- No te preocupes. Cuando el Señor entre dirá que está todo igual, ya verás. Para no tener que reconocer ante la Señora que hace falta contratar más servicio. Ya es mala suerte haber venido al palacete. ¡Tendremos más trabajo que en Zaragoza!

MARÍA- Aquí en Villafranca hay menos ajeteo. Y se respira un aire más sano. Y todo es más barato que en la ciudad. El problema es que esto se va a llenar de franceses.

PACO- ¡Habla en voz baja, alguien te podría oír! Te recuerdo que los Señores simpatizan con el rey José I y con los franceses.

MARÍA- Todavía tardarán en llegar. ¡Qué rabia que nos hayamos ido de Zaragoza tan deprisa! No he tenido ni tiempo de despedirme de mis padres.

PACO- ¿Qué esperabas? En el primer asedio nos fue de un pelo que los franceses conquistaran la ciudad, y ahora que regresan para intentar tomarla otra vez, nos sale el general Palafox con que hay que defenderla a guerra y cuchillo. ¡Está mal de la cabeza! ¿Qué puede hacer una sola ciudad contra el ejército de Napoleón?

MARÍA- Los ingleses nos ayudarán.

PACO- Que no, María. Que en cuanto la cosa se ponga fea nos van a dejar tirados, te lo digo yo.

MARÍA- ¿Por qué tienes que ser siempre tan negativo?

PACO- No soy negativo, soy realista. Y práctico.

(MARÍA lo amenaza con la escoba)

MARÍA- ¿Entonces piensas que deberíamos rendirnos a los franceses?

PACO- Deja la escoba.

MARÍA- ¡No me da la gana! ¡Primero contesta!

(PACO la mira sin decidirse.)

PACO- Estás tan guapa cuando te enfadas...

MARÍA- ¿Qué?

(PACO la coge por la cintura.)

PACO- Me pones a cien de todas las maneras: cuando te ríes, cuando te enfadas, cuando dices palabrotas...

MARÍA (intentando librarse de él)- ¡Qué dices! ¡Yo no digo palabrotas!
¡Suéltame de una vez, coño!

PACO- ¿Lo ves?

MARÍA- ¡Es que me sacas de quicio y me haces decir cosas que no quiero decir! ¡No te soporto!

PACO- No es verdad. En el fondo te gusto. Y te acabarás casando conmigo, ya lo verás.

MARÍA- ¡No me hagas reír, Paco! Yo me casaré con un hombre rico y elegante que me trate como una señora. ¡Y patriota! ¡Y liberal! Sí, con un hombre que defienda el regreso al trono del rey Fernando y crea en las libertades del pueblo. No con un muerto de hambre y un renegado como tú, que encima...

(Se calla porque de repente se oye el ruido rítmico de pasos militares, cascos de caballo y ruedas de madera rodando en el suelo. MARÍA y PACO salen por la puerta del jardín a mirar.)

PACO- Es el ejército francés.

MARÍA- ¡Madre mía! ¡No se acaba nunca! ¡Y cuántos cañones!

PACO- Me parece que los que se han quedado en Zaragoza para defender la ciudad se van a arrepentir dentro de nada.

MARÍA- No vendas la piel del oso antes de cazarlo. Palafox ha concentrado a muchas tropas y a muchos voluntarios en la ciudad. ¡Y ya veremos qué pasa! ¡Que nuestras murallas son muy gruesas!

PACO- ¿Nos acercamos a verles?

MARÍA- ¿Y si nos disparan?

PACO- Seguro que no. A Don Agustín le ha faltado tiempo para enviar palomas mensajeras a los mandos franceses, para anunciarles que dejaba Zaragoza para abrazar su causa. Y saben que este palacete es suyo.

MARÍA- ¡La madre que lo parió!

PACO- ¡Cállate, que te van a oír!

MARÍA- Suerte que tenemos a la señorita Pilar.

PACO- ¿Qué pasa con la señorita Pilar?

MARÍA-¿Qué?

PACO- Has dicho que tenerla con nosotros es una suerte.

MARÍA- ¿Tener a quién?

PACO- A la señorita Pilar.

MARÍA- ¿Qué pasa con la señorita Pilar?

PACO- Eso mismo te he preguntado yo.

MARÍA- ¿Ah, sí?

PACO- Tú me escondes algo.

MARÍA- ¿Yo? Qué va.

PACO- Sí, me escondes algo.

MARÍA- ¡Que te digo que no, coño!

PACO- Vale, vale... No insistiré. (Por el ejército) Me acerco a mirar, tú haz lo que te dé la gana.

MARÍA- ¡Yo no pienso mirar nada! Me voy al huerto a coger unos tomates.

(Se van por lados opuestos. Entran AGUSTÍN, PILAR Y GERTRUDIS)

AGUSTÍN- ¡Fijaos!: ¡Está todo igual! ¡Pero igual, igual! Qué bien, ¿no?

GERTRUDIS- Sigo sin entender por qué hemos tenido que irnos de esta manera tan precipitada. ¿Qué va ser ahora del palacete?

AGUSTÍN- Lo hemos dejado cerrado a cal y canto. Y hemos pagado al alguacil para que le eche un vistazo de vez en cuando. ¡No nos robarán, tranquila!

GERTRUDIS- No lo digo solo por los ladrones, sino también por todos esos cañones que llevan los franceses. Seguro que van a bombardear la ciudad.

AGUSTÍN- ¿Por qué crees que hemos venido a Villafranca, Gertrudis? Aquí estaremos seguros, y no con toda esa pandilla de insensatos que pretenden luchar contra un gigante.

GERTRUDIS- ¡Pero me has obligado a hacer el equipaje tan deprisa que me he dejado el libro de oraciones!

AGUSTÍN- Lo siento

GERTRUDIS- ¡Y el rosario!

AGUSTÍN- ¡Vaya por Dios!

GERTRUDIS- ¡Y el crucifijo!

AGUSTÍN- ¡Qué mala suerte!

GERTRUDIS- ¡Y también los flagelos con los que me mortifico el cuerpo y hago penitencia!

AGUSTÍN (escandalizado) -¡Gertrudis! ¡Que está la niña!

PILAR- No soy ninguna niña, padre. Ante mí pueden hablar de lo que haga falta.

GERTRUDIS- Di que sí, hija, que es de buena cristiana. No hay ningún mal en reconocer que la carne es débil y que hay que hacer penitencia para mantenerla alejada del pecado.

AGUSTÍN- (refunfuñando) Ya... Pero tanto de tiempo...

GERTRUDIS- ¿Qué has dicho?

AGUSTÍN- Nada, nada...

GERTRUDIS- No disimules, te he oído perfectamente. ¿Cómo se te ocurre hablar de eso delante de la niña?

AGUSTÍN- (picado) Ah, ahora sí te importa que la niña esté delante, ¿verdad?

PILAR- ¡Que no soy ninguna niña!

GERTRUDIS- Mira, mejor dejémoslo. Voy a ver si en la cómoda de arriba hay un libro de oraciones.

(Sale)

AGUSTÍN- ¿Y a ti qué te pasa, Pilar? Desde que hemos salido de Zaragoza estás muy callada. Y malhumorada.

PILAR- Deberíamos habernos quedado.

AGUSTÍN- ¡Qué dices! ¿Con todo el jaleo que va a haber a partir de ahora? ¿Tú sabes qué les espera, a los que se han quedado tras las murallas?

PILAR- ¡Honor y dignidad! ¡Y eso les hará ganar esta guerra!

AGUSTÍN- Ay, hija mía... ¡Cuánto te queda por vivir! La guerra se gana con más soldados, con más cañones, con más dinero y con más apoyos internacionales que el enemigo. Si no tienes nada de eso, todavía te queda la diplomacia para llegar a acuerdos. Pero después de lo que ocurrió en el primer asedio de la ciudad, y de todos los levantamientos que ha habido a lo largo y lo ancho del país, los franceses querrán entrar a sangre y fuego.

PILAR- Aun así, habría preferido quedarme

AGUSTÍN- Creo que ya sé por qué. Es por ese chico que conociste y que venía a visitarte a casa, ¿verdad? Plácido Guerra. Te gusta.

PILAR (con la boca pequeña)- No es verdad.

AGUSTÍN- Sí lo es, tengo ojos a la cara. Pues que sepas que no lo encuentro adecuado para ti. Te metía en la cabeza ideas demasiado radicales.

PILAR- A mí no me hace falta ningún hombre para tener en la cabeza ideas de cualquier tipo. Me basto yo sola. Pero reconozco que si congeniábamos era porque los dos pensábamos igual.

AGUSTÍN- ¡Qué dices! ¡Pero si se notaba a la legua que era partidario del rey Fernando! ¡Y enemigo de los franceses! ¡Y encima Liberal, eso es lo peor! ¿Cómo ibas tú a pensar como él?

(PILAR calla. AGUSTÍN ata cabos)

AGUSTÍN- ¿Me estás diciendo que tú también eres partidaria del rey Fernando? ¿Y anti francesa?

(PILAR calla. AGUSTÍN traga saliva)

AGUSTÍN- Dime al menos que no eres Liberal...

PILAR- ¡Pues también lo soy! ¿Qué pasa?

AGUSTÍN- ¿Tú? ¿Mi propia hija? Haré como si no lo hubiera oído.

PILAR- Pues lo tendrá que escuchar todas las veces que convenga, porque no pienso parar de repetirlo. ¡Soy Fernandista, Anti-ocupacionista y Liberal! ¡Soy Fernandista, Anti-ocupacionista y Liberal!

(AGUSTÍN se tapa los oídos y se mueve por el salón intentando huir de su hija, que lo persigue gritando con entusiasmo “¡Soy Fernandista, Anti-ocupacionista y Liberal!”)

PILAR- ¡Y un día habrá en este país una constitución fundamentada en la Libertad y la Igualdad, que...!

(Entra PACO corriendo por la puerta del jardín, alarmado)

PACO- ¿Quieres callarte de una vez? ¡Te van a oír! (Se da cuenta del error)
¡Ay, disculpe, señorita! ¡Pensaba que era otra persona!

(Entra corriendo por la puerta del jardín MARÍA, alarmada. Lleva unos tomates)

MARÍA- ¿Qué son estos gritos? (Ve a PILAR y AGUSTÍN) Ah, ¿ya han llegado, los Señores?

AGUSTÍN- ¡Sí, hace ya un rato! ¿Se puede saber dónde os habíais metido?

PACO- Hemos ido a... a coger tomates para prepararles una ensalada. (Le quita unos tomates a MARÍA y los muestra) ¿Lo ve, señor?

AGUSTÍN- ¡Olvidaos de ensaladas! Esta noche tenemos invitados y organizaremos un banquete. Así que hoy aplícate bien en la cocina, María, que hay mucho en juego.

MARÍA- ¿Para quién es el banquete, señor?

AGUSTÍN- Para los mandos militares a quienes su majestad el rey José ha puesto al frente del asedio de Zaragoza. (A PILAR, advirtiéndola) Y quiero que tú te comportes como es debido o pienso encerrarte en tu habitación hasta que termine la guerra. (A MARÍA y PACO) ¿Qué hacéis aquí todavía? (A MARÍA) ¡Tú a la cocina! (a PACO) ¡Y tú a preparar el comedor como es debido! ¡Todo el mundo al trabajo!

(MARÍA y PACO salen)

PILAR- ¿De verdad es necesario ese banquete?

AGUSTÍN- Si queremos conservar nuestra posición y nuestra hacienda fuera de las murallas de Zaragoza, tenemos que estar del lado de los que cortan el

bacalao. Y cuanto antes te lo metas en la cabeza, mejor. Ah, y a partir de ahora no te llamas Pilar Martínez sino Pilar de Martínez, que viste más.

(AGUSTÍN sale también. PILAR se queda sola y enfadada)

PILAR (mascullando)- Amenáceme si quiere... Yo no me asusto fácilmente.

(Entra PLÁCIDO GUERRA)

PLÁCIDO- ¡Hola, Pilar!

(PILAR, que no le ha visto entrar, grita asustada. Ve que es el PLÁCIDO)

PILAR- ¡Plácido!

(Se abrazan)

PILAR- ¿Cómo has entrado?

PLÁCIDO- Habéis dejado la puerta abierta.

PILAR- ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido?

PLÁCIDO- Porque no puedo vivir sin ti, Pilar, ya lo sabes. Pero también vengo para contarte algo que... que quizá debí contarte antes de que te fueras de Zaragoza con tu familia.

PILAR- Me estás asustando... ¿Qué pasa, estás casado?

PLÁCIDO- No. Yo me casaré contigo o no me casaré, Pilar. Ya te lo dije.

PILAR- ¿Entonces qué es?

PLÁCIDO- Es un tema más bien... político.

PILAR (con miedo)- No me digas que te has pasado al bando de los franceses...

PLÁCIDO- ¡No! ¡Eso jamás! Tiene que ver con tu padre: Lleva tiempo en contacto con los mandos del ejército enemigo. Nosotros lo sabíamos y queríamos averiguar qué sabe sobre sus movimientos.

PILAR- ¿Qué quieres decir?

PLÁCIDO- Que soy espía, Pilar. Trabajo para los servicios secretos de la Junta Suprema Central del Reino, que gobierna en nombre del Rey Fernando hasta que vuelva a ocupar el trono. Me ordenaron que espicara a tu padre pero no he podido averiguar nada.

PILAR- ¿Entonces... todas las visitas que hiciste a mi casa no eran para verme a mí? ¿Venías para tirarle de la lengua a mi padre, por si le sacabas algo?

PLÁCIDO- Al principio sí, pero después me enamoré locamente de ti y...

(PILAR empieza a golpearle, enfadada. PLÁCIDO se defiende como puede e intenta escabullirse, pero PILAR lo persigue y sigue golpeándolo)

PILAR- ¡Me has utilizado! ¡Solo estabas fingiendo! ¡Eres un sinvergüenza! ¡Y un golfo!

PLÁCIDO- No, Pilar. ¡Mis sentimientos son sinceros, te lo juro!

PILAR- ¡Vete de aquí ahora mismo!

PLÁCIDO- Por favor, primero escucha lo que tengo que decirte.

PILAR- ¡Ya he escuchado bastante! ¡Vete!

PLÁCIDO- Antes déjame hablar, te lo ruego. Quiero que confíes en mí como yo confío ciegamente en ti. Por eso quiero hacerte una propuesta.

PILAR- ¿Qué propuesta?

PLÁCIDO- Hemos interceptado mensajes de tu padre. Tiene previsto convertir este palacete en un punto de encuentro, una pequeña corte donde los

mandos franceses puedan hablar cómodamente de sus planes mientras beben, comen y bailan.

PILAR- Ya lo sé, me lo acaba de decir.

PLÁCIDO- El general Palafox me ha preguntado si estarías dispuesta a espiar para nosotros. Y contarnos lo que pasa aquí. Yo le he dicho que confiaba ciegamente en ti, y que estoy seguro de que lo harías muy bien, pero que antes tenía que consultártelo.

PILAR- ¿Me tomas el pelo?

PLÁCIDO- No, Pilar. Aquí tengo la propuesta, escrita de su puño y letra. Léela.

(Le ofrece un documento. PILAR lo coge y lo lee)

PILAR- No me lo puedo creer... Dice que la victoria o la derrota de los nuestros dependen de lo que yo pueda averiguar aquí...

PLÁCIDO- Es la verdad. Y ahora, dime: ¿qué respuesta debo transmitirle?

(PILAR lo mira en silencio.)

PILAR- Lo haré. ¡Pero no porque tú me lo digas, sino porque es él quien me lo pide!

PLÁCIDO- Gracias.

PILAR- Lo peor es que a pesar de todo, te sigo queriendo.

PABLO- Y yo, Pilar. Pero por ahora nuestra causa tiene que estar por encima de cualquier otra cosa.

PILAR- Mi padre sabe que soy fernandista y anti-ocupacionista. Y Liberal. Delante mí no hablará de nada importante con los mandos franceses.

PLÁCIDO- Entonces tienes que convencerle de que te has hecho colaboracionista.

PILAR- ¿¿Qué??

PLÁCIDO- Es la única solución. Si se te ocurre otra, te escucho.

(PILAR se queda pensativa)

PILAR- Ojalá existiera un aparato que se pudiera esconder en cualquier parte y que permitiera escuchar a distancia las conversaciones.

PLÁCIDO- Qué imaginación... Eso no se inventará nunca.

PILAR- De acuerdo, haré lo que dices: le convenceré de que me he hecho colaboracionista.

AGUSTÍN (desde bambalinas)- ¿Cómo quieres que vuelva a Zaragoza para coger el libro de oraciones y todo lo demás? ¡Ni pensarlo!

GERTRUDIS (desde bambalinas)- ¿No te parece importante que purifique mi espíritu?

AGUSTÍN (desde bambalinas)- ¡Pero si con todo lo que te mortificas lo tienes más puro que el de Santa Teresa! Me voy a tomar el aire, necesito despejarme un poco.

PILAR- ¡Corre! ¡Sal antes de que te vea!

PLÁCIDO- ¡No puedo, los franceses siguen desfilando ante la puerta, aún no entiendo como no me han visto entrar!

PILAR- Pues escóndete donde puedas.

(PLÁCIDO se esconde detrás un mueble. Entra AGUSTÍN)

AGUSTÍN- ¿Estás sola? Te he oído hablar, pensaba que estabas con alguien.

PILAR- Pues ya ve que no.

AGUSTÍN- Pero he oído que decías “Yo también, aunque no te lo merezcas.”

PILAR- Me lo decía a mí misma.

AGUSTÍN- ¿Ah, sí? ¿Y por qué?

PILAR- Porque... porque tengo un padre que no me lo merezco.

(Lo abraza, cogiendo a AGUSTÍN por sorpresa)

PILAR- Con todo lo que me ha dicho, me ha hecho pensar mucho.

AGUSTÍN- ¿Ah, sí?

PILAR- Sí. Y he llegado a la conclusión de que yo también debo colaborar y mostrarme amable con los franceses.

AGUSTÍN- ¿De verdad?

PILAR- Sí.

AGUSTÍN- ¿Estás segura?

PILAR- Totalmente.

AGUSTÍN- Pero si hace un momento decías que el honor y la dignidad harían ganar la guerra a los rebeldes que se han quedado en Zaragoza. ¿Es que ya no lo piensas?

(PILAR sufre, no lo quiere reconocer. Desde su escondrijo PLÁCIDO la anima con gestos para que lo haga.)

PILAR (flojito)- No.

AGUSTÍN- ¿Qué dices? No te entiendo.

(PILAR calla, sufriendo. Desde su escondrijo PLÁCIDO la anima con gestos para que hable más alto.)

PILAR (algo más alto) – Ya no lo pienso.

AGUSTÍN- ¡Hija, sí que te cuesta! ¿No puedes hablar más alto?

(Desde su escondrijo PLÁCIDO la anima con gestos para que hable más alto.)

PILAR- No, padre, ya no pienso que el honor y la dignidad nos harán ganar la guerra... quiero decir que no les hará ganar la guerra a los rebeldes. Tiene razón: si queremos conservar nuestra posición y nuestra hacienda fuera de las murallas de Zaragoza, debemos comportarnos como es debido con los que cortan el bacalao.

AGUSTÍN- ¿Entonces... reconoces que estabas equivocada?

PILAR- Sí. Y también estaba equivocada con el sinvergüenza del Plácido Guerra, no es lo que parecía.

AGUSTÍN- ¡Esto es un milagro! ¿Será verdad que las oraciones de tu madre sirven para algo? Te haría salir conmigo a saludar a las tropas francesas que van hacia Zaragoza, pero he visto por la ventana que las últimas unidades ya han pasado de largo.

PILAR (Aliviada)- Qué suerte... (Disimula) Qué mala suerte, quiero decir.

AGUSTÍN- ¡Ay, hija, qué alegría oírte hablar así! ¡Ya puedo volver a confiar plenamente en ti!

(AGUSTÍN la abraza. PLÁCIDO aprovecha la ocasión para ir hacia la puerta. Antes de salir le lanza un beso a PILAR. AGUSTÍN deja de abrazar PILAR y ella, temiendo que vea a PLÁCIDO, lo vuelve a abrazar con fuerza)

PILAR- ¡No, padre, no me deje todavía!

AGUSTÍN- Qué efusiva, hija. Me harás llorar de emoción.

PILAR- ¡Es que estoy tan contenta de que me haya abierto los ojos! Ahora siento que soy una persona distinta.

AGUSTÍN- Y yo soy el padre más feliz del mundo. Grita conmigo, hija: ¡Viva Su Majestad José Bonaparte!

PILAR (flojito)- Viva Su Majestad José Bonaparte.

AGUSTÍN- ¡Más fuerte, hija! ¡Que todo el mundo lo oiga!

PILAR (gritando, haciendo de tripas corazón)- ¡Viva Su Majestad José Bonaparte!

(Mientras lo dice entra MARÍA, que se queda muy sorprendida)

AGUSTÍN- Así me gusta, Pilar. Estoy orgulloso de ti. (Ve a MARÍA) ¿Y tú qué quieres?

MARÍA- Iba a buscar laurel al huerto, que en la cocina no hay.

AGUSTÍN- Pues date prisa. Voy a arreglarme para cuando vengan los invitados.

(Sale. MARÍA mira a PILAR, decepcionada)

MARÍA- No me esperaba esto de usted, Señorita Pilar.

PILAR- No es lo que piensas.

MARÍA- Que su padre se pase al bando enemigo no es ninguna sorpresa. Pero que lo haga usted... Eso quiere decir que esta guerra ya está perdida.

PILAR- No, María, no está perdida, ni mucho menos. Yo haré todo lo que pueda para que no sea así.

MARÍA- ¿Cómo? ¿Gritando proclamas como la que acabo de oír?

PILAR- A mí tampoco me gusta, pero es necesario.

MARÍA- ¿Por qué es necesario?

PILAR- Voy a contarte un secreto. Pero me tienes que prometer que no se lo contarás a nadie.

MARÍA- ¿Como aquella vez que les pillé a usted y a Plácido Guerra desnudos en el palacete de Zaragoza?

PILAR (apurada)- ¡No hablas tan alto! Es algo todavía más delicado.

MARÍA- ¡Ay madre! ¡No estará usted embarazada!

PILAR- No, mujer, no va por ahí la cosa. Soy espía.

MARÍA (levantando la voz, perpleja) ¿¿Sois espía??

PILAR- ¡No grites, que te va a oír!

MARÍA- ¡Coño, es que esto no me lo esperaba!

PILAR- ¡Y no digas palabrotas, que no te pega! Y sabes que no me gusta.

MARÍA- ¿Y a quién espiáis?

PILAR- Espiaré a los mandos franceses. Trabajo para los servicios secretos de Palafox. Y Plácido Guerra también. Pero para que confíen en mí tengo que fingir que soy una colaboracionista. Empezando por mi padre. ¿Lo entiendes ahora?

MARÍA- Sí. Ay, Señorita, qué susto me había dado.

PILAR- Vamos, te acompaño al huerto a por el laurel y por el camino te cuento los detalles.

(Salen juntas)

ESCENA 2

(Entran PACO y CAYETANO, cargando garrafas.)

PACO (nervioso)- ¿Tenías que traerme esto precisamente hoy, Cayetano?

CAYETANO- ¿Que quieres? Yo en casa no lo puedo tener, si el alguacil me pilla con todo este aguardiente me meterá en prisión. Ten cuidado, que es muy fuerte. Con un vaso ya coges una pea monumental.

PACO- Si los señores me pillan con esto me despedirán. Pero eso no es el peor: si me pilla María haciendo negocios contigo no querrá saber nunca más nada de mí.

CAYETANO- ¿Por qué no te quitas a esa moza de la cabeza de una vez? ¿No ves que no te hace ni caso?

PACO- Dice que soy un muerto de hambre, y tiene razón. Pero si esta guerra dura unos añitos y yo puedo revender a buen precio todo lo que me traes, me haré rico y entonces me mirará con otros ojos. ¿De dónde has sacado este aguardiente?

CAYETANO- Se lo he robado a los ingleses. Esta vez los franceses tenían sus barricas más vigiladas. No te quejarás, te lo he dejado a buen precio.

PACO- Siempre dices eso y siempre me sablas. Anda, vete ya, que hoy aquí tenemos jaleo.

CAYETANO- Estaré por los alrededores, tengo que seguir repartiendo género. Mañana volveré para que me hagas el pedido.

(CAYETANO sale por la puerta del jardín. PACO mira las garrafas, inquieto)

PACO- ¿Y ahora dónde escondo yo esto?

(Entra GERTRUDIS)

GERTRUDIS- ¿Algún problema, Paco?

PACO (nervioso)- Señora...

GERTRUDIS- ¿Qué son esas garrafas?

PACO- ¿Las... garrafas? No lo sé, las he encontrado en el jardín y las he metido aquí dentro. Estaba pensando dónde guardarlas.

GERTRUDIS- ¿Ah, sí? ¿Y qué hacían esas garrafas en el jardín?

PACO- No lo sé. Quizás el jardinero las usa para regar.

GERTRUDIS- No tenemos jardinero.

PACO- ¿Ah, no?

GERTRUDIS- No disimules, lo sabes perfectamente. Mi marido es un tacaño y no quiere contratar a un jardinero.

PACO- Es verdad, no me acordaba. Entonces quizá son garrafas de agua de un campesino, que las dejó en nuestro jardín pensando que no íbamos a venir nunca. ¡Y mira por dónde!

GERTRUDIS- ¿Qué te parece si abrimos una y averiguamos si lo que hay dentro realmente es agua?

PACO- ¿Qué quiere decir?

GERTRUDIS- Que a lo mejor es otra cosa.

PACO- ¿Y qué podría ser, si no?

GERTRUDIS- Aguardiente, por ejemplo.

PACO- ¿Aguardiente? (Ríe) ¡Qué imaginación tiene la Señora! Esta sí que es buena. ¡Aguardiente! Si me permite la observación, los campesinos no riegan las plantas con aguardiente, Señora.

GERTRUDIS- No, pero hay gente que sí riega sus bolsillos con el dinero del contrabando. ¿Verdad, Paco?

PACO- No sé de qué me habla.

GERTRUDIS- No lo niegues, o será peor. ¿Le digo a mi marido que venga y abra las garrafas?

PACO- ¡No, por favor!

(Pausa. Se miran)

PACO- ¿Cómo lo ha sabido?

GERTRUDIS- Estaba en el balcón, tomando el aire, y he visto cómo hacías negocios con ese amigo tuyo. He oído perfectamente cómo decíais que el aguardiente era de contrabando. Como todas las otras cosas que, por lo que he entendido, te ha estado llevando a nuestra casa de Zaragoza.

(PACO se pone de rodillas ante GERTRUDIS)

PACO (implorando)- ¡Por favor, Señora, no me despida! ¡Azóteme si hace falta! ¡Y hágame sangrar por todas las heridas, si le apetece!

GERTRUDIS- Calla... No sigas...

(GERTRUDIS se acalora y se excita con lo que dice PACO)

PACO- ¡Castígueme! ¡Vierta cera caliente sobre mi piel hasta hacerme gemir de dolor! ¡Envuélvame el cuerpo con alambre de espino, si le place! ¡Pero no me despida, se lo ruego!

GERTRUDIS- ¿Quieres callarte de una vez? Has pecado, Paco. Has sido un chico muy malo y te mereces que te castigue. Pero te perdonaré y pasaré por alto lo que estás haciendo, si a cambio me haces un servicio.

PACO- Soy su esclavo, Señora. Dígame qué tengo que hacer y obedeceré.

GERTRUDIS- Ya sabes que soy una mujer piadosa. Y, con las prisas, me he dejado en Zaragoza el libro de oraciones, el rosario, el crucifijo y los instrumentos con los que me flagelo y hago penitencia. Pero, tal como están las cosas, es peligroso volver allí para cogerlo todo.

PACO- ¿Y cómo la puedo ayudar?

GERTRUDIS- Finalmente he encontrado en un cajón un libro de oraciones. (Se lo enseña) Pero necesito que me consigas todo esto para poder hacer mi penitencia.

(Le da una lista)

PACO (leyendo en voz alta): “un látigo de cuero con nudos, una fusta para caballos, alambre de espino, cuerdas, velas...” ¿Y el rosario y el crucifijo?

GERTRUDIS- Podré pasar sin ellos. De esto, ni una palabra a nadie, ¿me oyes? Tráemelo pronto y te pagaré bien.

PACO- ¿Y no dirá nada de lo que ha visto?

GERTRUDIS- Será nuestro secreto.

(Llaman a la puerta)

GERTRUDIS- Deben ser los comandantes del ejército francés. (Por las garrafas) Esconde esto en cualquier rincón del jardín.

(PACO sale precipitadamente al jardín con las garrafas. Entran AGUSTÍN y MARÍA)

AGUSTÍN- Me ha parecido oír que alguien llamaba.

MARÍA- Sí, a mí también.

AGUSTÍN- Deben ser los comandantes franceses. ¿Dónde está Paco? Es él quien tiene que abrir.

GERTRUDIS- Me está haciendo un encargo.

AGUSTÍN- ¿Qué encargo?

GERTRUDIS- Es... una sorpresa.

(Vuelven a llamar)

AGUSTÍN- Alguien tendría que abrir.

GERTRUDIS- Ve tú.

AGUSTÍN- ¿Yo? Pero si soy el señor de la casa.

GERTRUDIS- Y yo la señora.

(Miran la MARÍA)

MARÍA- A mí no me miren, yo me encargo de limpiar, de cocinar, de lavar la ropa, de plancharla, pero no de abrir la puerta. Eso es cosa de Paco.

GERTRUDIS- ¿Y qué hacemos?

AGUSTÍN- No lo sé. ¿Llamamos a Pilar y que abra ella?

GERTRUDIS- Pilar también es Señora de la casa...

AGUSTÍN- Ya, pero como tiene esas ideas tan modernas, a lo mejor no le importa.

GERTRUDIS- Imposible, se está arreglando en su habitación.

(Vuelven a llamar, esta vez con más fuerza. Entra PACO desde el jardín)

AGUSTÍN- ¡Ya era hora! ¡Ve a abrir, rápido, que no queremos hacer esperar a los señores comandantes!

(PACO sale rápidamente. Entra PILAR, muy elegante)

AGUSTÍN- ¡Ya era hora!

PILAR- Tenía que arreglarme para causar buena impresión a nuestros invitados franceses.

AGUSTÍN- Recordad: Yo no soy Agustín Martínez. Soy Agustín de Martínez.

(Entra PACO, acompañando a MONCEY, MORTIER y MORLOT)

PACO- Pasen, por favor. Los presento al Señor de la casa, Don Agustín Martínez.

AGUSTÍN (Puntualizando)- Agustín de Martínez. Es un placer recibirles. Permitan que les presente a mi mujer, Gertrudis.

GERTRUDIS- Encantada...

AGUSTÍN- Esta es mi hija Pilar, mi alegría y la joya de la familia.

PILAR- Es un placer conocerles. Espero que aquí puedan sentirse como en su casa.

AGUSTÍN- Y esta es María, nuestra cocinera.

MARÍA- Y también soy la...

AGUSTÍN (la interrumpe)- El resto de los criados no están aquí, ayer mismo me pidieron permiso para incorporarse como voluntarios al ejército francés y no pude negarme. Todavía no he tenido tiempo de contratar a sus sustitutos.

(PILAR, GERTRUDIS, PACO y MARÍA se miran, sorprendidos, pero no dicen nada)

MONCEY (durante toda la obra habla con acento francés muy acusado)- ¡Muy bien! ¡Eso quiere decir que son unos patriotas!

AGUSTÍN (a MARÍA y a PACO) – ¿Qué hacéis todavía aquí? Volved al trabajo.

(MARÍA y PACO salen)

MONCEY- Permítanme que me presente, soy Bon-Adrien Jeannot de Moncey, Duque de Conéglano y Mariscal de Francia. (A AGUSTÍN) Por fin nos conocemos en persona, amigo mío.

AGUSTÍN- Sí, estaba cansado de comunicarme con ustedes a través de palomas mensajeras. Ahora podremos hablar de asuntos importantes cara a cara.

MONCEY- Por supuesto (Por MORTIER) Este es...

MORTIER (durante toda la obra habla con acento francés muy acusado)- Puedo presentarme yo solo, gracias. (Solemne) Édouard Adolphe Casimir Joseph Mortier, Duque de Treviso y Mariscal de Francia también.

PILAR- Caramba... Parece que en Francia todo el mundo es mariscal.

MONCEY- No todo el mundo. (Por MORLOT) También hay generales

(MORLOT junta los talones marcialmente y saca pecho)

MORLOT- (durante toda la obra habla con acento francés muy acusado) Antoine Morlot, general de División. Para servirles a ustedes, al Rey José y a su majestad el Emperador.

MONCEY- Morlot es uno de nuestros comandantes más eficaces. Con gente como él esos perros rebeldes de Zaragoza caerán en dos días.

PILAR- ¡La madre que les parió! Quiero decir que... los fieles a Su Majestad José I y al emperador, nos alegramos de que sus madres parieran unos hijos como ustedes, deben de estar muy orgullosas.

MORLOT- Veo que no solo es bella y elegante, también sintetiza con nuestra causa.

MONCEY- Querrá decir “simpatiza”, Morlot.

MORLOT- ¡Eso! Es que todavía no domino muy bien su idioma.

PILAR- Qué buen ojo tiene usted, general. Sí, simpatizo con su causa.

MONCEY- Entonces deseará que la guerra termine pronto, ¿verdad? Y que ganen los nuestros.

PILAR- Sí. Tengo muchas ganas de que ganen los míos. Después de tantos sacrificios, se lo merecen.

MORTIER- No se preocupe, asediaremos la ciudad, nos acercaremos haciendo trincheras en zigzag y cuando podamos tocar ya las murallas con la punta de los dedos...

MONCEY (Lo interrumpe)- No se precipite, Mortier. El plan es bombardear la ciudad hasta que se rinda.

MORTIER- Si yo mandara...

MONCEY- Pero soy yo quien manda.

(Se miran, tensos)

GERTRUDIS- ¿Les apetece dar un paseo por el jardín? Hoy hace buen día, a pesar de estar en diciembre. Así de paso les enseño las camelias y los narcisos que tenemos plantados.

MONCEY- Será un placer.

MORLOT- De todas maneras, no creo que ninguna flor supere la belleza que hay aquí dentro.

(Lo dice mirando PILAR)

GERTRUDIS (cree que lo dice por ella)- Me halaga.

PILAR- Sí, es muy galante, coronel.

MORLOT- General, si no le importa

PILAR- Ay sí, perdone.

AGUSTÍN- Pero Gertrudis... Hace meses que no hemos venido por aquí. Y todavía no hemos supervisado si durante nuestra ausencia el jardinero ha hecho su trabajo.

PILAR- ¿El jardinero? ¿Qué jardinero?

AGUSTÍN (presionándola para que le siga la corriente)- El jardinero, hija, el jardinero...

PILAR (Disimula)- Ah, sí... El jardinero, claro.

AGUSTÍN- Si no les parece mal, iré antes a echar un vistazo para ver si el jardín está en condiciones. Vuelvo enseguida.

(AGUSTÍN sale al jardín.)

PILAR- ¿Y ustedes de verdad creen que van a poder tomar Zaragoza en dos días? No creo que los que hay dentro de las murallas se lo pongan fácil. Ya vieron lo que pasó en el primer asedio, tuvieron que levantarlo y retirarse.

MONCEY- Esta vez será la definitiva, se lo aseguro. Y si oponen mucha resistencia, siempre podemos hacerles creer que queremos dialogar con ellos.

MORLOT- ¡Exacto! Haremos que se confíen y cuando sus jefes salgan de las murallas... ¡los hacemos prisioneros y los fusilamos a todos!

(Entra PACO)

PACO- Con su permiso... La mesa ya está lista, los señores y las señoras pueden pasar al comedor cuando les plazca.

PILAR- Tendremos que esperar a mi padre, ha salido un momento al jardín.

PACO (alarmado)- ¿Y qué ha ido a hacer allí?

PILAR- Ver si está en condiciones para enseñarlo, ¿por qué lo preguntas?

PACO- ¡Háganle volver, por Dios! Es que... antes he visto unos gatos salvajes, no querría que lo atacaran.

MORLOT- ¿Gatos salvajes? (Saca una fusta) ¡Los vapulearé con la fusta que uso con mi caballo! ¡Les arrancaré la piel a tiras y les haré sangrar por todas sus heridas!

(GERTRUDIS se excita con esta descripción y a duras penas puede disimularlo)

GERTRUDIS- Sí, sí, hágalo. ¿Me dejaría a mí la fusta para azotarlos también?

MORLOT- Claro que sí. ¡Vamos!

(Van a salir al jardín, pero llega AGUSTÍN llevando las garrafas de aguardiente)

AGUSTÍN- Miren lo que he encontrado ahí fuera: dos garrafas de aguardiente.

(PACO se alarma. GERTRUDIS y él se miran con complicidad)

AGUSTÍN- Gertrudis, ¿era esta la sorpresa que estabas preparando con Paco?

GERTRUDIS- No, de ninguna manera. ¿Verdad que no, Paco?

PACO (lloroso)- Qué va...

MONCEY- ¿Almacena el aguardiente en el jardín y no en la bodega, Señor Martínez?

AGUSTÍN- De Martínez, si no le importa. No, de hecho no sé de dónde ha salido este aguardiente.

GERTRUDIS- Seguramente las ha dejado algún vecino que nos quiere honrar de forma anónima por nuestra llegada. ¿Verdad, Paco?

PACO (lloroso) – Sí, seguramente.

PILAR- ¿Por qué lloras?

PACO- Es que... estoy muy emocionado por la amabilidad de ese vecino anónimo.

GERTRUDIS- ¿Qué les parece, Señores? ¿Dejamos atrás las preocupaciones y vamos a mesa? Así podrán disfrutar de nuestras viandas antes de que se enfríen.

MORTIER- Naturalmente.

MONCEY- Por supuesto.

MORLOT- ¿Pero... y los gatos?

AGUSTÍN- ¿Qué gatos?

GERTRUDIS- Mejor dejemos el tema y pasemos al comedor.

AGUSTÍN- De acuerdo. Paco, encárgate de las garrafas. Serviremos el aguardiente en los postres.

(PACO coge las garrafas, resignado, y sale. Los otros empiezan a salir también. GERTRUDIS se acerca a MONCEY)

GERTRUDIS- Tengo una curiosidad, mariscal Moncey. ¿Cómo castigan a los soldados desobedientes e indisciplinados?

MONCEY- ¿De verdad quiere saberlo? Es bastante desagradable.

GERTRUDIS- No se preocupe. A pesar de mi apariencia frágil soy una mujer muy dura.

(AGUSTÍN se acerca a PILAR)

AGUSTÍN- Lo estás haciendo muy bien, hija. (En voz baja) Me parece que al general Morlot le gustas.

PILAR- ¿Y a mí, qué?

AGUSTÍN- Tú llévate bien con él por si acaso. Nunca se sabe, Pilar. Nunca se sabe.

(Salen todos)

ACTO 2

ESCENA 1

(Día siguiente por la mañana. El mismo salón. Entran MARÍA y PILAR, hablando)

PILAR- ¿Entonces todavía no se ha levantado nadie?

MARÍA- No, usted es la primera. Bueno, de hecho la segunda, porque Paco no está en su cuarto ni en ningún otro lugar de la casa. Se habrá despertado antes que yo y a saber qué estará haciendo.

PILAR- He oído que alguien llamaba a la puerta...

MARÍA- Ah, sí... Era un sargento del ejército francés. Decía que llevaba un mensaje muy importante para el Mariscal Moncey, se ha metido en su dormitorio y han estado charlando un buen rato.

PILAR- ¿Has oído qué decían?

MARÍA- No, lo siento. Pero llevaba un cuadernillo en la mano. Se ha ido hace un rato. Todavía no entiendo cómo vuestro padre ha permitido que esos franceses pasen aquí la noche.

PILAR- ¿Qué querías que hiciera? Se ve que el aguardiente que bebieron era más fuerte de lo que se pensaban y cogieron una buena borrachera.

MARÍA- ¡Coño, pero son el enemigo!

PILAR- ¡No seas mal hablada! Son el enemigo para ti y para mí, pero no para mis padres. Y a mí me va bien que se queden, así puedo averiguar sus planes para hacérselos llegar al general Palafox.

MARÍA- ¿Ayer pudo usted averiguar algo?

PILAR- Sí, que Moncey planea bombardear Zaragoza hasta que se rinda. Y que si la cosa se alarga fingirán ante los jefes de la resistencia de la ciudad que quieren parlamentar para llegar a un acuerdo. Pero será una trampa.

MARÍA- ¡Madre mía! ¡Sí que es usted buena espía, Señorita!

PILAR- Hago lo que puedo. Esta mañana, nada más levantarme, he mandado una paloma mensajera a Plácido Guerra con esa información. Seguramente ya estará en su poder.

MARÍA- Tenga cuidado con ese tal Morlot, no le quitó el ojo del encima en toda la cena.

PILAR- Ya me di cuenta. Mi intención es sacar provecho de la situación.

MARÍA- Cuidado, no juegue con fuego.

PILAR- Tranquila, María. Sé lo que hago.

(Llaman a la puerta)

PILAR- ¿Quién debe ser?

MARÍA- No lo sé. Quizá otro mensajero.

PILAR- Si es un mensajero intentaré averiguar a qué viene.

MARÍA- ¿Cómo?

PILAR- Usando mis encantos. ¿A qué esperas? Ve a abrir.

MARÍA- No es mi trabajo.

PILAR- Ya empezamos... Dices que Paco no está, ¿verdad? Y antes has abierto al otro. Pues alguien tiene que abrir. Así que te toca.

MARÍA- Si su padre quisiera contratar más criados...

PILAR- ¡María!

MARÍA- Perdone, Señorita, pero es la verdad: además de colaboracionista, tacaño.

(Sale. PILAR saca un espejito, se arregla y se baja un poco el escote.

Entra MARÍA con PLÁCIDO).

MARÍA- Es el señor Plácido Guerra.

PILAR- ¡Plácido! ¿Qué haces aquí?

PABLO- ¿Y tú qué haces tan provocativa?

(PILAR vuelve a subirse el escote)

PILAR- Pensaba que eras otra persona.

PLÁCIDO- No sé cómo tomarme eso...

PILAR- Dime lo que tengas que decirme y vete de prisa. Moncey, Mortier y Morlot están arriba durmiendo.

PLÁCIDO- ¡No fastidies!

MARÍA- (irónica) Sí, parece que Don Agustín de Martínez sabe muy bien con quién le conviene juntarse.

PILAR- ¡María! ¿Quieres dejar de criticar a mi padre?

PLÁCIDO- Lo que dices es cierto.

PILAR- Eso, tú encima dale la razón. ¿Quieres explicarme de una vez a qué has venido?

PLÁCIDO- María, ¿puedes dejarnos solos?

MARÍA- Pero si no diré nada...

PLÁCIDO- Es que es un asunto muy delicado.

PILAR- Ya lo has oído, María. Ve a la cocina a preparar los desayunos.

MARÍA- ¿Los de los franceses también?

PILAR- Sí. Que sea abundante, cuanto más rato estén aquí, más información les podré sacar.

MARÍA- Les haré tostadas, pero las frotaré con mucho de ajo. ¡Que se jodan!

(Sale)

PILAR- Te he mandado una paloma mensajera con toda la información que he averiguado hasta ahora. ¿La has recibido?

PLÁCIDO- No. ¿Has recibido tú la mía? Te la he mandado al amanecer y te pedía un respuesta rápida.

PILAR- Tampoco la he recibido. ¿Qué habrá pasado?

PLÁCIDO- A lo mejor no estaban bien adiestradas y se han perdido. Vete a saber. Veo que he hecho bien en venir, me extrañaba que no me hubieras respondido.

PILAR- Ojalá existiera un aparato que permitiera enviar mensajes por el aire, de oreja a oreja, recorriendo grandes distancias sin necesidad de palomas.

PLÁCIDO- ¿Qué dices? ¡Eso no se inventará nunca! ¡Menuda imaginación! Pero vamos al grano: Hay novedades importantes.

PILAR- ¿Qué ocurre?

PABLO- El enemigo ha interceptado nuestro libro de claves.

PILAR- ¿Tenéis un libro de claves?

PLÁCIDO- Sí. Palafox y su estado mayor lo usan para comunicarse con las tropas del exterior y las guerrillas que hay dispersas por todo el territorio. Sobre todo con las de Ramón Gayán y sus Escopeteros.

PILAR (atando cabos)- Ostras... Entonces seguramente ese era el cuadernillo que el mensajero le ha dado al Mariscal Moncey.

PLÁCIDO- ¿De qué estás hablando?

PILAR- Esta mañana, a primera hora, ha venido un mensajero con un cuadernillo. Ha subido a la habitación donde duerme el Mariscal Moncey y todo parece indicar que se lo ha dado.

PLÁCIDO- ¿Me estás diciendo que el libro de códigos está aquí? ¡Qué buena noticia! ¡Tienes que recuperarlo como sea, Pilar!

PILAR- ¿Yo? ¿Y cómo quieres que lo haga?

PLÁCIDO- Eres una mujer lista, seguro que se te ocurre algo. Piensa que este asunto tiene la máxima prioridad, pasa por encima de todo lo demás. Tenemos que avisar a Palafox de que hemos localizado el cuaderno. Por suerte he traído una paloma mensajera, la tengo en el caballo, dentro de una jaula. Usaremos esa.

(Se dispone a salir, pero entra repentinamente AGUSTÍN. No reconoce a PLÁCIDO porque está de espaldas)

AGUSTÍN- ¡Deténganse, joven! ¿Quién es usted y qué hace en mi casa?

(PLÁCIDO piensa rápido, sin girarse. Finalmente se gira haciendo una gran reverencia, de forma que no se le vea la cara)

PLÁCIDO- ¡Don Agustín Martínez! ¡Qué honor conocerle personalmente!

AGUSTÍN- Agustín de Martínez, si no le importa. ¿Quién es y qué quiere?

(PLÁCIDO habla todo el rato en posición de reverencia, para no mostrar la cara)

PLÁCIDO (improvisando)- Su hija me ha hecho una entrevista para entrar a formar parte del servicio.

PILAR (siguiéndole la corriente)- Es que... cómo te hace falta un jardinero...

AGUSTÍN- A mí no me hace falta ningún jardinero. Ya me las arreglo con el servicio que tengo.

PLÁCIDO- Pero su hija dice que solo tienen dos criados...

AGUSTÍN- Sí... ejem... porque el resto se ha ido a la guerra, para luchar como voluntarios con el ejército de su majestad.

PLÁCIDO- ¿Su majestad Fernando VII?

AGUSTÍN- ¡Su majestad José I, no sea impertinente! ¡Mis criados son unos patriotas, no unos traidores!

PLÁCIDO- Disculpe el malentendido.

AGUSTÍN- Incorpórese. Quiero verle la cara.

PLÁCIDO- No puedo, ante tanta grandeza.

PILAR- Yo antes también se lo he dicho y no ha querido, hemos hecho toda la entrevista así. Se ve que está muy bien educado.

PLÁCIDO- Exacto. En casa me enseñaron a tratar a los grandes hombres con la reverencia que merecen. Así que un gusano insignificante como yo no es digno de mirarle a la cara.

AGUSTÍN (halagado)- Me gusta usted, joven. Si no fuera porque tengo que conservarles el puesto a los criados que se han ido a la guerra, lo contrataría ahora mismo.

PLÁCIDO- Me halaga, Don Agustín.

PILAR- Pues ya está todo aclarado. Discúlpeme, pensaba que mi padre sí necesitaba un jardinero. Ahora ya puede irse. Y no se olvide de lo de la paloma.

PLÁCIDO- De ninguna manera. (Despidiéndose) Señora... Señor...

(Sale, andando hacia atrás, sin abandonar la reverencia)

AGUSTÍN- Qué chico más campechano. ¿Qué era eso que le decías de una paloma?

PILAR- Es que... me ha comentado que su hermano pequeño quiere una paloma blanca y yo le he dicho dónde podía comprarla.

AGUSTÍN- Ah... Hablando de palomas: Ayer le encargué a Paco que se levantara bien temprano y fuera a cazar unas cuantas. Me apetecen para comer.

PILAR (alarmada)- ¿¿Qué??

(Se oye un disparo lejano)

AGUSTÍN- ¡Mira, ya ha cazado una! ¡A saber las que debe llevar, con lo buen tirador que es!

PILAR *(para sí misma, alarmada)*- Ahora entiendo por qué no llegaban.

AGUSTÍN- ¿Quién tenía que llegar?

PILAR (Disimula)- Hablo de Paco. Ahora entiendo por qué no está en casa.

AGUSTÍN- Ah... Voy al despacho. Todavía tengo tiempo de echarle un vistazo a la contabilidad, nuestros invitados deben estar desayunando.

PILAR- ¿Y madre? ¿Dónde está?

AGUSTÍN- Ha pasado muy mala noche y todavía está en la cama. Tenía pesadillas. Gemía, suspiraba y murmuraba no sé qué de azotar a gatos y de castigar a soldados. Por cierto, recuerda: sé amable con el general Morlot, cuando ganemos la guerra quizá nos será útil para conseguir los favores de la nueva administración.

(Sale. PILAR habla consigo misma, intentando hacer de tripas corazón)

PILAR- Tranquila, Pilar. Intenta controlar la situación y que nada te asuste.

(PLÁCIDO asoma la cabeza desde el jardín)

PLÁCIDO- ¿Ya se ha ido?

(PILAR da un respingo, asustada)

PILAR- ¿Es que no sabes avisar? ¿Qué haces entrando por el jardín?

PLÁCIDO- No querrás que llame a la puerta y que vuelva a venir tu padre. Por cierto, ¿qué ha sido ese disparo que se ha oído? Ha sonado muy cerca. ¿Crees que es una escaramuza entre los nuestros y los franceses?

PILAR- No. Es el criado, Paco, que está cazando palomas por orden mi padre.

PLÁCIDO- Ah... (De repente se da cuenta de lo que quiere decir eso) ¡No fastidies! ¿Entonces las palomas mensajeras no han llegado a su destino por su culpa?

PILAR- Es lo más probable. Y ahora estamos metidos en un buen lío.

PLÁCIDO- ¿Por qué?

PILAR- Porque si las ha matado Paco, verá los mensajes que llevaban atados en las patas.

PLÁCIDO- ¡Es verdad! ¡Y encima hay tres: el que yo te he mandado, el que tú me has mandado a mí y el que yo acabo de mandarle ahora mismo a Palafox! ¡Tenemos que recuperarlos como sea!

PILAR- ¿A cualquier precio?

PLÁCIDO- Sí, a cualquier precio.

(Entra PACO. Lleva un cesto de mimbre con tapa y una escopeta.)

PACO- Buenos días. Señorita Pilar, Señor Plácido...

PILAR- ¡Paco! Me ha dicho mi padre que has ido a cazar palomas. ¿Cuántas has cazado?

PACO- Bastantes. El almuerzo será abundante, habrá como mínimo una por cabeza.

PLÁCIDO- ¿Seguro? Mira que a veces las plumas engañan y cuando se las quitas, se quedan muy esmirriadas.

PACO- Estas eran buenos ejemplares. Cualquiera diría que las había alimentado la mano humana.

PLÁCIDO- ¿En serio? ¿Me dejas verlas?

PACO- No puedo perder tiempo, tengo que llevarlas directamente a la cocina para que María las desplume y las guise.

PLÁCIDO- Solo será un momento.

PACO- Lo siento, no puede ser.

PLÁCIDO- Por favor...

PACO- No insista, Don Agustín me ha dejado muy claro que...

(No puede terminar de decirlo porque PILAR lo besa con un beso largo. PACO se queda perplejo pero no opone resistencia. PLÁCIDO también se queda perplejo. PILAR, sin dejar de besar a PACO, gesticula disimuladamente con la mano a PLÁCIDO, para que aproveche el momento para mirar dentro del cesto. PLÁCIDO obedece y mete la mano dentro del cesto, buscando desesperadamente los mensajes de las palomas. Entra MARÍA y se queda de piedra al ver la escena. PILAR se da cuenta y se separa de PACO, nerviosa).

PILAR- María, no es lo que piensas...

PACO- ¿A qué ha venido esto, señorita Pilar?

MARÍA- A mí no tiene que darme ninguna explicación, señorita. Ni Paco tampoco. Ya son mayores para saber lo que hacen. Yo solo venía a buscar las palomas que ha cazado Paco para llevármelas a la cocina.

PACO- ¿De verdad no te importa que la señorita me haya besado de esta manera, que casi me sorbe las entrañas?

MARÍA (miente)- Ni lo más mínimo.

PACO- Pues a mí sí, porque te quiero, María. Y tú lo sabes.

MARÍA- ¡Y una mierda! ¿Esta es tu manera de demostrarlo? ¿Morreándote con la primera que pasa?

PILAR- ¡Oye, un respeto! Y tranquilízate, lo he hecho para distraerle y Plácido pudiera mirar dentro del cesto.

PLÁCIDO- Pues no ha servido de nada, no hay lo que esperábamos encontrar.

PACO- ¿Buscan esto?

(Saca del bolsillo tres papelitos y los muestra. PILAR y PLÁCIDO se quedan mudos)

PILAR (con un hilo de voz)- ¿Los has leído?

PLÁCIDO- Sí. Y creo que tendría que informar a Don Agustín de lo que dicen estos mensajes.

MARÍA- ¿Son mensajes?

PACO- Sí. Y agárrate: Se ve que la señorita Pilar y el señor Plácido Guerra son espías anti-franceses. ¿Qué? ¿Cómo te quedas?

MARÍA- Ya lo sabía.

PACO- ¿Ya lo sabías?

MARÍA- Sí. Me lo dijo la señorita Pilar. Y tú no le dirás nada a Don Agustín.

PACO- ¿Por qué no iba a hacerlo? Don Agustín me recompensará por esta información.

MARÍA- Hazlo por mí y yo sí que te recompensaré.

PACO- ¿Tú? Pero si no tienes dinero. ¿Cómo piensas...?

(No puede terminar de decirlo porque MARÍA lo besa con un beso largo, cogiéndolo desprevenido)

PLÁCIDO- A ver si al final saldrá más a cuenta ser criado que amo...

(MARÍA deja de besar a PACO y lo mira)

MARÍA- ¿Entonces qué? ¿Tendrás la boca cerrada?

PACO (embelesado)- Sí.

MARÍA- ¿Lo harás por mí?

PACO (embelesado)- Sí.

MARÍA- ¿Y no dirás nada ni al señor ni a nadie?

PACO (embelesado)- No.

(MARÍA le coge a PACO los mensajes que tiene en la mano)

MARÍA- Voy a la cocina a quemar estos mensajes en la chimenea, antes de que alguien los encuentre. Y de paso me llevo el cesto.

(Le coge el cesto a PACO, que no opone ninguna resistencia)

PLÁCIDO- Bien hecho. Pilar, ¿te queda todavía alguna paloma mensajera?

PILAR- Sí. En mi habitación.

PLÁCIDO- Vamos para allá. Ahora que Paco ha dejado de cazar, podremos avisar a Palafox de que tenemos localizado el libro de los códigos. Con la seguridad de que el mensaje llegará.

(PILAR, PLÁCIDO y MARÍA salen. PACO permanece inmóvil, embelesado todavía por el beso de MARÍA)

ESCENA 2

(Entra CAYETANO por el jardín, cautelosamente, asegurándose de que nadie le ve. Carga una saca.)

CAYETANO- ¡Psst! ¡Eh, Paco!

(PACO reacciona)

PACO- ¡Cayetano! ¿Qué haces aquí? ¡Podrían verte!

CAYETANO- ¿Qué? ¿Has podido colocar el aguardiente a buen precio?

PACO- Calla, calla... Prefiero no hablar del asunto.

CAYETANO- ¿Por qué?

PACO- Don Agustín encontró las garrafas, tuve que disimular y entonces él repartió el aguardiente entre sus invitados.

CAYETANO- ¡No fastidies! ¿Y se lo bebieron todo?

PACO- Como si fuera agua... Cogieron un pedo tan grande que han tenido que quedarse aquí a pasar la noche.

CAYETANO- No me extraña.

PACO- ¿Qué llevas en esa saca?

CAYETANO- Cosas para vender, estoy esperando a un cliente que me ha hecho un pedido gordo. ¿Y tú qué? ¿Tienes ya el pedido?

PACO- Necesito flagelos.

CAYETANO- ¿Flagelos?

PACO- Concretamente (saca el papel del bolsillo y lee) “un látigo de cuero con nudos, una fusta para caballos, alambre de espino, cuerdas y velas.”

CAYETANO- ¿Es para í?

PACO- No, para la señora, que es muy devota y le gusta mortificarse el cuerpo. Demasiado, diría yo. ¿Tienes algo de eso?

CAYETANO- Las cuerdas y las velas te las puedo traer hoy mismo, pero el resto... va a ser que no, acabo de vender todos los flagelos que tenía en un convento. Tu ama no es la única a quien le gusta hacer penitencia de esa manera.

PACO- Pues me has jodido, Cayetano. ¿Cuándo volverás a tener?

CAYETANO- Como mínimo hasta dentro de un mes. Y no te lo aseguro. No te creas que es tan fácil conseguirlo, ni los franceses ni los ingleses comercian con esas cosas, hay que traerlas directamente de Roma.

PACO- No sé si la señora tendrá paciencia para esperar tanto.

CAYETANO- Hoy no tengo aguardiente, pero en el carro tengo un par de garrafas de pacharán. ¿Las quieres? Te las dejo al mismo precio que el aguardiente. Es una buena oferta.

(PACO se lo piensa unos instantes)

PACO- De acuerdo. Aquí tienes.

(Le da una bolsa con monedas)

CAYETANO- Voy a buscarlas.

(CAYETANO sale al jardín y se va, dejando allí la saca. PACO la coge)

PACO- ¡Eh! ¡Que te dejas la saca!

(Pero CAYETANO no vuelve. PLÁCIDO aprovecha para curiosear el contenido de la saca. Saca un par de candelabros de plata.)

PACO *(para sí mismo)*- ¡La madre que lo parió! ¡Me juego lo que quieras a que esto lo ha robado!

(Entra PLÁCIDO)

PLÁCIDO- ¡Paco! ¿Qué haces con esos candelabros en la mano?

(PACO guarda precipitadamente los candelabros en la saca)

PACO- ¿Yo? Nada.

PLÁCIDO- ¿Entonces por qué estás tan nervioso? ¿Qué llevas en esa saca?

PACO- No es mía.

PLÁCIDO- ¿Ah, no? ¿Entonces de quién es?

PACO- De un campesino que me ha pedido que se la guardara un momento.

PLÁCIDO- No sé si creerte... Déjame ver qué hay dentro.

PACO- No puedo. El campesino me ha dicho que no dejara que nadie mirara.

PLÁCIDO- Dime la verdad: ¿has robado esos dos candelabros?

PACO- No, señor Plácido, le juro que no son míos.

PLÁCIDO- Todo esto es muy raro. ¿Acaso te dedicas al contrabando, Paco?

PACO- ¡Pero qué dice! ¡Cómo se le ocurre!

(Vuelve CAYETANO con las dos garrafas. Inicialmente no se da cuenta de la presencia de PLÁCIDO)

CAYETANO- Aquí tienes, Paco, el mejor pacharán de contrabando que vas a encontrar. Todo tuyo.

PACO (intenta disimular)- ¿Y yo para qué lo quiero? Soy un hombre honrado, no compro nada de contrabando.

CAYETANO- ¿Pero qué dices? ¿A qué viene esto? Si llevas meses comprándome productos de contrabando.

PACO- Me debes confundir con otra persona.

(CAYETANO se da cuenta de la presencia de PLÁCIDO y da un respingo)

CAYETANO (a PLÁCIDO)- ¡Qué susto! ¿Por qué no ha dicho que estaba aquí?

(PACO se pone de rodillas ante PLÁCIDO, implorando)

PACO- Por favor, señor Plácido, no le cuente a Don Agustín que hago contrabando. ¡Me echaría! Y no se lo diga tampoco a María, que no volvería a dirigirme la palabra.

PLÁCIDO- Deja de decir sandeces y levántate. Cayetano, ¿me has traído lo que te pedí?

CAYETANO- Más o menos.

PLÁCIDO- ¿Qué quiere decir “más o menos”? ¿Me lo has traído o no?

CAYETANO- Espere un momento, que busco.

(CAYETANO empieza a buscar dentro de la saca. PACO observa alternativamente a PLÁCIDO y a CAYETANO, desconcertado)

PACO (a Cayetano)- Entonces... ¿este era el cliente que estabas esperando?

¿Y que te había hecho un pedido gordo?

CAYETANO- Sí.

PACO (a Plácido)- ¿Entonces... usted también compra género de contrabando?

PLÁCIDO- La necesidad obliga, lo hago por la causa. Si el enemigo nos bloquea las vías de abastecimiento, tenemos que buscar alternativas. Y en Zaragoza hay muchas bocas que alimentar y muchas personas a las que vestir.

CAYETANO- A ver... usted me encargó uniformes para los fusileros y los granaderos de las reales guardias valonas que hay en Zaragoza.

PLÁCIDO-Eso es. Porque los que tienen están hechos jirones.

CAYETANO- Y si no recuerdo mal, me dijo que esos uniformes son rojos y azules. ¿Es así?

PLÁCIDO- Exacto. ¿Los tienes o no?

CAYETANO- Es que... no he encontrado exactamente lo que usted quería, y eso que he buscado por todas partes, no se crea. Le he traído una muestra para que decida si lo quiere o no.

(CAYETANO saca de la saca una camiseta del Barça y se la muestra)

PLÁCIDO- ¿¿Pero qué es esto??

CAYETANO- Piénselo bien, antes de decir que no. Yo a este diseño le veo futuro, tiene un no sé qué que atrae. Y en la espalda hay espacio para que

los combatientes puedan escribir su nombre y su número dentro de la compañía. Así en el campo de batalla los mandos les podrán dar órdenes sin confundirse.

PLÁCIDO- ¡Ni hablar! ¡Esto es un escarnio! ¡Rompe todas las tradiciones!

CAYETANO- A veces hay que renovarse, señor Plácido, no se puede vivir de las glorias pasadas.

PLÁCIDO- ¡He dicho que no! Antes dejaremos que sigan combatiendo con sus uniformes viejos y harapientos.

CAYETANO- Me han dado otra muestra, a lo mejor esta le gusta más.

(Saca una camiseta del Real Madrid. La despliega y le enseña)

PLÁCIDO- ¡Tampoco! No tiene los colores que te he pedido.

CAYETANO- Algún regimiento habrá donde vistan de blanco, ¿no?

PLÁCIDO- No intentes convencerme. Lo que me ofreces no me interesa.

CAYETANO- Haremos una cosa: quédese las dos muestras, no tengo que devolverlas. Y se lo piensa. (Le da la camiseta del Barça y la de la Real Madrid). No hace falta que me conteste enseguida.

(Mientras hablan, entra MARÍA con un cubo. Se los queda mirando, extrañada, sin que ellos se den cuenta)

PLÁCIDO- De acuerdo, pero no te prometo nada. (A PACO) ¿Y tú al final qué, te vas a quedar con este pacharán de contrabando?

PACO- Claro. Y haré lo que hago siempre, venderlo al doble de lo que me ha costado.

PABLO- ¿Y no te molesta que lo venda al doble de lo que te paga a ti, Cayetano?

CAYETANO- Qué va. También yo lo vendo al doble de lo que he pagado. Y así, con todos los productos que le vendo. Todos tenemos derecho a hacer negocio.

MARÍA- No me lo puedo creer...

(Ven a MARÍA)

PACO- ¡María!

MARÍA- ¡Haces contrabando!

PACO- ¡No es verdad!

MARÍA- ¡Lo acabas de decir!

PACO- Porque... porque estamos ensayando una obra de teatro.

MARÍA- ¡Y una mierda! (a Cayetano) Yo a ti te conozco, eres Cayetano García.

En Zaragoza tienes fama de contrabandista y de sinvergüenza.

CAYETANO- Me confundes con otra persona, yo soy un hombre honrado y piadoso. Por cierto, tengo que irme, si no llegaré tarde a misa.

(Coge la saca y se va precipitadamente por el jardín)

MARÍA- De usted, Señor Plácido, tampoco me lo esperaba. Me ha decepcionado.

PLÁCIDO- ¿No has oído a Paco? Estábamos ensayando una obra de teatro.

¡Uy, qué tarde se me ha hecho! Tengo que irme, he quedado aquí cerca con Ramón Gayán para darle instrucciones sobre sus guerrillas.

(Se va precipitadamente. PACO Y MARÍA se quedan solos)

MARÍA- Pero quien más me ha decepcionado eres tú, Paco. Porque tú me importas más que ellos. Y pensaba que eras un hombre honrado.

PACO- No sé qué decir...

MARÍA- Mejor no digas nada.

PACO- María, te prometo que no hago contrabando con artículos de primera necesidad, la comida para mí es sagrada.

MARÍA- No sé si creerte. Pero, aunque tú no lo hagas, seguro que Cayetano sí lo hace. Y tú alimentas su negocio con el dinero que le pagas.

PACO- Lo siento, es todo lo que puedo decir.

MARÍA- No, no lo sientes. Lo único que sientes es que yo te haya descubierto.
(Por las garrafas) ¡Quita estas garrafas de mi vista, no las quiero en esta casa! ¡Vamos! ¿A qué esperas?

(PACO coge las dos garrafas y sale con ellas al jardín, mustio. MARÍA se sienta y se queda pensativa y triste.)

ESCENA 3

(Entra GERTRUDIS)

GERTRUDIS- María... ¿Qué te pasa?

(MARÍA se levanta precipitadamente y disimula)

MARÍA- Nada, señora. Iba a buscar agua al pozo y me he sentado un rato porque estoy cansada. Como ayer en la cocina no paré y hoy he tenido que madrugar...

GERTRUDIS- Pobrecita... ¿Quieres que le diga a Paco que te eche una mano?

MARÍA- No. A Paco no quiero ni verlo. (Se inclina) Con su permiso...

(Sale con el cubo. GERTRUDIS se queda extrañada. Entra desde el jardín PACO, sin las garrafas)

PACO- Señora...

GERTRUDIS- ¿Qué le has hecho a María? Dice que no te quiere ni ver.

PACO (dolido, disimula) – Es que... ayer le comenté que la cena no le había quedado tan bien como otras veces y se enfadó.

GERTRUDIS- Pues muy mal, porque le salió riquísima. Pero vamos a lo que interesa: ¿me has conseguido lo que te pedí?

PACO- No.

GERTRUDIS- ¿No?

PACO- Lo siento. Ni el látigo de cuero con nudos, ni la fusta para caballos, ni el alambre de espino. Pero las velas y las cuerdas las podrá tener hoy mismo.

GERTRUDIS- ¡Sin el látigo, la fusta y el alambre de espino lo demás no me sirve! Muy mal, Paco. ¿Quieres que le cuente a mi marido que haces negocio con el contrabando?

PACO- Me da igual, señora. Hágalo, si quiere.

GERTRUDIS- ¿Lo dices en serio? ¿No te importaría?

PACO- Ahora ya no.

GERTRUDIS- Que raros sois, los criados. Tenéis unos cambios de humor inexplicables.

(GERTRUDIS mira a PACO, pensativa)

GERTRUDIS- De momento no le diré nada a mi marido, no quiero arriesgarme a que descubra que yo también te he hecho un encargo. Y tan especial.

PACO- Supongo que Nuestro Señor se lo perdonará.

GERTRUDIS- ¿Qué quieres decir? ¿Qué me tiene que perdonar?

PACO- Que no pueda hacer penitencia y mortificar su cuerpo, para purificarlo.

GERTRUDIS- Ah... Sí, claro.

PACO- Por favor, téngame en cuenta en sus oraciones. Yo también necesito obtener el perdón. Y no solo de la divinidad.

GERTRUDIS- Hoy dices unas cosas muy raras, Paco. Anda, ve a limpiar la vajilla, que ya sabes que nuestros invitados se quedan a comer y quiero que lo encuentren todo impecable.

(PACO se va, pero antes de salir entran MONCEY, MORTIER y MORLOT, acompañados por PILAR y AGUSTÍN. PACO les hace una reverencia y sale.)

MORTIER- ¿De verdad ha tenido pesadillas con esos rebeldes de Zaragoza, Moncey?

MONCEY- Sí. Soñaba que nos obligaban otra vez a levantar el asedio de la ciudad.

MORLOT- ¡Eso no va a pasar! ¡Haremos prisioneros a todos esos traidores! ¡Y después les azotaremos! ¿Qué le parece, Don Agustín?

AGUSTÍN- Bien... La única solución para que esto no se repita es castigarlos a todos. ¿Verdad, hija?

PILAR- Yo... solo puedo decir que ojalá gane nuestro bando. Y cuanto antes, mejor. Estoy harta de ver cómo este país cae en manos de indeseables que solo lo quieren someter y no merecen gobernarlo.

MORLOT- ¡Esa es la señorita Pilar Martínez que todos deseamos escuchar!

AGUSTÍN- Pilar de Martínez, si no le importa.

MORTIER- Señores, con su permiso, tengo que salir hacia el campamento. La tropa y los oficiales deben echar de menos a sus comandantes.

MONCEY- ¿Tendrá esa descortesía con nuestros anfitriones, que nos han invitado a comer?

MORTIER- La guerra no se hace sola y nosotros la queremos acabar cuanto antes. Seguro que nuestros anfitriones lo entienden. ¿Verdad que sí?

AGUSTÍN- Por supuesto. Yo iba a decir exactamente lo mismo.

MORTIER (a MONCEY)- ¿Lo ve? (Despidiéndose) Con su permiso...

(MORTIER sale)

MORLOT- Tiene razón. Quizá deberíamos volver al campamento a dar órdenes. Si no este asedio se puede hacer muy largo.

AGUSTÍN- Querrá decir “este asedio”.

MORLOT-¡Eso! ¡Qué complicado es este idioma!

MONCEY- El asedio durará mucho menos de lo que piensa. Esta mañana un mensajero me ha traído esto, que nos brindará una victoria incontestable.

(Saca un cuaderno y lo muestra)

MORLOT- ¿Un cuaderno?

MONCEY- No exactamente. Son las claves que nuestros enemigos usan para comunicarse entre ellos. Nos lo ha conseguido Pegasus, nuestro mejor espía. Pero no ha tenido tiempo de descifrarlo.

(PILAR mira el cuaderno con avidez. MONCEY se lo da a MORLOT)

MONCEY- Cójalo, Morlot. Quiero que lo custodie mientras esperamos a Pegasus, que vendrá aquí para descifrarlo con más calma. Y seguro que lo conseguirá, es una eminencia en el tema.

(Mientras hablan, MORLOT se guarda el cuaderno en el bolsillo)

PILAR (preocupada)- ¿Cuándo llegará, ese tal Pegasus?

MONCEY- Mañana. Tan pronto como consiga salir de Zaragoza sin levantar sospechas.

PILAR- Pero si no dejan entrar ni salir a nadie...

MORLOT- Seguro que los nuestros ya han preparado una operación para ayudarle a salir de la ciudad sin levantar sospechas. ¿Verdad?

MONCEY- Por supuesto. Un espía, tanto de un bando como del otro, es un bien muy preciado. Hay que procurar que el enemigo no lo atrape, porque si no...

GERTRUDIS- ¿Qué hacen a los espías que pillan?

MORLOT- ¡Lo que se merecen! Primero les dejamos la piel a tiras a latigazos, después los envolvemos el cuerpo con alambres...

GERTRUDIS *(disfrutando)*- Magnífico...

(PILAR traga saliva, preocupada)

MORLOT- ...y finalmente, cuando ya sangran por todas sus heridas...

AGUSTÍN- No siga, general. Que hay damas y tienen el espíritu muy sensible. Y ciertas descripciones...

MONCEY (mira a GERTRUDIS)- Yo a su mujer la veo muy acostumbrada a según qué tipo de descripciones. Es más: creo que estos temas le provocan mucha curiosidad.

GERTRUDIS- Sí... una curiosidad puramente científica.

MONCEY (Sin creérselo)- Claro, claro...

AGUSTÍN- ¿Pilar, por qué no sales a dar una vuelta por el jardín con el general? Todavía queda un buen rato para comer y esto os abrirá el apetito. Así podréis disfrutar mejor de la comida.

(PILAR ve su oportunidad para quitarle el cuaderno de códigos a MORLOT)

PILAR- Me parece una gran idea.

AGUSTÍN (quiere dejarlos solos)- Si pudiera os acompañaría, pero tengo trabajo en el despacho. Enséñale al general todo el que haga falta.

PILAR (alarmada) – ¿Todo?

AGUSTÍN- Sí: las camelias, los narcisos... y todo lo demás. (Despidiéndose)
Con su permiso...

(AGUSTÍN sale)

MORLOT- ¿No viene, Moncey? ¿Y usted tampoco, señora Gertrudis?

PILAR (se quiere quedar sola con él para robarle el cuaderno de códigos)- No hace falta, aquí estarán más calentitos. Fuera hace un poco de frío.

MORLOT- Ah... Si quiere nos quedamos también nosotros.

PILAR- No, no, a mí me gusta el frío. Y me hace ilusión salir al jardín con usted y enseñároslo todo.

MONCEY- Sí, vaya con ella, Morlot. La señora Gertrudis y yo nos quedaremos aquí, charlando.

(MORLOT y PILAR salen al jardín)

MONCEY- Ahora que estamos solos, Gertrudis... me ha parecido detectar en usted un interés... digamos... desconcertante, por todo lo que hace referencia a castigos corporales.

GERTRUDIS- No es verdad.

MONCEY- No me lo niegue. Estamos en confianza, yo no se lo contaré a nadie.

GERTRUDIS- Me gusta mortificar mi cuerpo para hacer penitencia, eso es todo.

MONCEY- Una actitud muy devota. ¿Qué le parecería si hiciéramos penitencia juntos?

GERTRUDIS- ¿Qué está insinuando?

MONCEY- Que a mí también me gusta...digamos... mortificarme el cuerpo. En mi equipaje tengo todo un juego de artilugios que me encantaría compartir con usted. Y que hacen gemir de auténtica... digamos... devoción.

GERTRUDIS- ¿Lo dice en serio?

MONCEY- ¿Qué le parecería si compartimos los míos y los suyos?

GERTRUDIS- ¡Ojalá pudiera! Pero los míos se quedaron en nuestro palacete de Zaragoza. Y ahora me dicen que tardaré un mes en conseguir otros.

MONCEY- Entonces todavía con más razón. (En voz baja, tentador) Tengo unos grilletes forrados con terciopelo que le encantarán.

GERTRUDIS- ¿De verdad?

MONCEY- Y una mordaza que le pondría tan apretada que casi no le dejaría ni respirar.

GERTRUDIS- ¿Ah, sí?

MONCEY- Y un collar de cuero con puntas metálicas que es una monada.

GERTRUDIS- ¿Y todo eso... en el supuesto de que me interesara su propuesta... tendría que ponérmelo yo o se lo pondría usted?

MONCEY- ¿Por qué ponernos limitaciones? Primero uno y después el otro.

Podemos jugarlos a suertes quién empieza.

GERTRUDIS- Es usted muy malo, ¿lo sabía?

MONCEY- Sí. Merezco que me castiguen.

GERTRUDIS- Coja las cosas de su equipaje y vamos a mi habitación, allí podremos castigarnos mutuamente con más comodidad.

(Le coge la mano a MONCEY y sale con prisa, arrastrándolo prácticamente con ella)

ESCENA 4

(Entra PACO, con mucha prudencia, asegurándose de que no hay nadie.

Va hacia el jardín, pero se detiene porque llegan precisamente desde el jardín PILAR y MORLOT, que lleva las dos garrafas de pacharán)

MORLOT- No entiendo qué hacía esto en el jardín

PILAR- Yo tampoco. ¿Tú sabes algo, Paco?

PACO *(disimula)* - ¿Yo? ¡Qué voy a saber! Pero a lo mejor es de algún arriero despistado que lo ha olvidado. Así que... yo volvería a dejarlo fuera y no lo tocaría.

(Entra MARÍA, con el cubo)

PILAR- María, ¿tú sabes quién ha dejado en el jardín estas dos garrafas? Paco dice que las volvemos a dejar ahí fuera, por si son de algún arriero que se ha despistado. Pero... no sé yo...

MARÍA- Pues a mí me parece que deben ser del mismo vecino anónimo que nos regaló ayer el aguardiente.

PACO- ¡No!

PILAR- Ah, pues podría ser...

MORLOT- Sí, parece una buena explicación...

PACO- No creo que un vecino anónimo nos regale pacharán así como así. Está muy caro y cuesta encontrarlo.

MARÍA- ¿Cómo sabes que es pacharán, si no lo has probado?

PACO- Pues... por el color.

MORLOT- ¿Pacharán, dices? ¡Lo probé en Navarra y está todavía más rico que el aguardiente! Tendríamos que agradecerle a ese vecino anónimo su generosidad.

PACO- No deberíamos descartar tan rápidamente que sea de un arriero. Y dejarlo fuera cuando se dé cuenta de su despiste y vuelva a por él.

MARÍA- Podríamos hacer lo siguiente: llevamos las garrafas a la cocina y, si después del almuerzo nadie ha reclamado el pacharán, lo servimos a nuestros invitados. ¿Qué le parece, señorita Pilar?

PILAR- Bien pensado, María. (Mira a MORLOT, forzando una sonrisa) Queremos que nuestros invitados estén a gusto y confíen en nosotros.

MORLOT- Es usted muy amable.

PILAR- Ya lo has oído, Paco: lleva estas dos garrafas a la cocina y que nadie las toque.

PACO (lloroso) - Lo que usted mande...

PILAR- ¿Por qué lloras?

MARÍA- Seguro que está muy emocionado por la amabilidad de ese vecino anónimo. ¿Verdad que sí?

PACO- Sí... Muy emocionado.

(PACO coge las garrafas y sale, lloroso. MORLOT se lo queda mirando y PILAR aprovecha para meterle la mano en el bolsillo y robarle el cuaderno de códigos. Pero cuando ya lo tiene MORLOT hace un movimiento brusco y el cuaderno cae al suelo. MORLOT se da cuenta).

PILAR (disimula)- ¡El cuaderno de los códigos secretos! ¡Se le ha caído al suelo!

MORLOT- ¡Qué torpe! Si lo perdiera no me lo perdonaría en la vida. (Vuelve a guardarse el cuaderno en el bolsillo) ¡Este cuaderno garantiza nuestra victoria y la derrota segura del enemigo! Cuando lo hayamos descifrado sabremos cómo cortar los suministros de alimentos y de armas a los rebeldes de Zaragoza...

(Mientras MORLOT habla, PILAR intenta quitarle el cuaderno de nuevo. Pero MORLOT, exaltado, se mueve mucho y hace aspavientos, impidiendo a PILAR hacerse con él en el último momento. La acción se repite varias veces sin que MORLOT capte en ningún momento las intenciones de PILAR)

MORLOT- ...y podremos anticiparnos a los movimientos de las guerrillas que todavía se mueven por el territorio y atacan nuestra retaguardia. ¡Tengo

ganas de que nuestro espía Pegasus llegue de una vez para interpretar lo que dice! ¡Y ver con mis propios ojos la derrota del enemigo!

(De repente MORLOT se calla y mira fijamente a PILAR, que teme que este la haya descubierto)

MORLOT- ¿Sabe que le digo, Señorita Pilar?

PILAR (temerosa)-¿Qué?

MORLOT (por el cuaderno)- Que voy a guardarlo en mi habitación, cerrado bajo siete valles.

MARÍA- Querrá decir “bajo siete llaves”.

MORLOT- ¡Eso! No podría soportar que se me pierda. Con su permiso (besa la mano a PILAR y la mira intensamente, reteniéndole la mano) Después de este paseo tan agradable por el jardín, en tan grata compañía, considéreme su más humilde andamio.

MARÍA- Querrá decir admirador.

MORLOT- ¡Eso!

(MORLOT sale. PILAR hace un gesto de desesperación)

MARÍA- ¿De verdad ese cuadernillo es lo que dice?

PILAR- Sí, María. ¿Por qué crees que intentaba cogérselo?

MARÍA- Pues si lo deja en su habitación cerrado bajo siete llaves, lo tendrá muy difícil para quitárselo, señorita Pilar.

PILAR- Ya lo sé. Y solo hay una manera de entrar allí: con él, y con su consentimiento.

MARÍA- ¿Está insinuando que...?

(PILAR calla)

MARÍA- ¿De verdad estaría dispuesta a acostarse con él por...?

PILAR- Nos jugamos la derrota o la victoria en Zaragoza, María. Es ahora o nunca. No puedo dejar que la ciudad caiga en manos del enemigo por culpa de mis escrúpulos.

MARÍA- ¿Y qué dirá el señorito Plácido cuando lo sepa?

PILAR- Tendrá que entenderlo. Él mismo me ha dicho que hay que recuperar los códigos a cualquier precio. Y también me ha dicho que, en estos momentos, nuestra causa tiene que estar por encima de cualquier otra cosa.

MARÍA- Es usted muy valiente, señorita.

PILAR- No te creas, estoy asustada. Morlot me parece asqueroso. Pero está claro que le gusto y tengo que aprovecharlo.

MARÍA- ¿Cuándo lo hará?

PILAR- Tan pronto como pueda. Primero lo adularé... después le confesaré que me atrae mucho... después fingiré que ha despertado en mí deseo y que no me puedo resistir a sus encantos. Y entonces le propondré ir juntos a su habitación.

MARÍA- Madre mía... ¿La puedo ayudar en algo?

PILAR- No. Voy al jardín a tomar el aire, para hacerme a la idea y coger fuerzas.

(Sale al jardín, mustia. MARÍA, triste, se dispone a salir con el cubo. Entra PLÁCIDO, alterado)

PLÁCIDO- ¡María! ¿Dónde está la señorita Pilar?

MARÍA- ¡Señor Plácido! ¿No había ido a dar instrucciones a la guerrilla?

PLÁCIDO- Sí, a los hombres de Ramón Gayán. Y me ha contado que han interceptado a un espía que... Bueno... no te lo puedo contar, es información clasificada.

MARÍA- ¿Se refiere al espía Pegasus? ¿Y al cuadernillo de códigos que tiene que venir a descifrar?

PLÁCIDO (muy sorprendido)- ¿Cómo lo sabes?

MARÍA- Por el general Morlot, que es un bocazas. Y la señorita Pilar ha terminado de aclarármelo todo.

PLÁCIDO- Pues resulta que ese tal Pegasus en realidad se llama Mariska Lukács.

MARÍA- Qué nombre más raro para un hombre.

PLÁCIDO- Es una mujer, es húngara. Y no vendrá, ni hoy, ni mañana ni nunca. Los guerrilleros de Ramón Gayán la han hecho prisionera en los alrededores de Villafranca. ¿Dónde está ahora el cuaderno de códigos? ¿Quién lo tiene?

MARÍA- El general Morlot, en su habitación, bajo llave. Y la señorita Pilar cree que la única manera de recuperarlo es acostándose con el general.

PLÁCIDO- ¿¿Qué??

MARÍA- Lo que oye. Quiere aprovechar que el general está encandilado con ella. Y está convencida de que cumple órdenes.

PLÁCIDO- ¿Órdenes de quién?

MARÍA- Suyas, ¿de quién van a ser? Según ella, usted le ha dicho que en estos momentos, nuestra causa tiene que estar por encima de cualquier otra cosa.

PLÁCIDO (traga saliva)- Pero no pensaba que llegaría hasta ese extremo.

MARÍA- Es muy valiente. Y una patriota. Pero a mí me da mucha rabia. Si hubiera alguna otra forma de conseguir el cuaderno...

PLÁCIDO (pensativo)- De conseguir el cuaderno, no lo sé. Pero de evitar que se acueste con ese francés... Se me está ocurriendo una cosa, pero tendrías que hacerte pasar por Mariska Lukács.

MARÍA- ¿Yo? ¡Ni hablar!

PLÁCIDO- ¡Solo tú puedes hacerlo, María! Si te disfrazas bien...

MARÍA- No se lo tragarían. ¿No ve que ya me conocen? Se darían cuenta en seguida de que soy yo. Se me ocurre algo mejor. Pero no hay tiempo que perder, venga conmigo, se lo contaré por el camino.

(Salen de escena)

ACTO 3

ESCENA 1

(Entran MONCEY y GERTRUDIS, con una sonrisa de complicidad.)

MONCEY- Gertrudis, no tengo palabras. ¡Qué pasión, qué energía, qué vigor!

Nunca había tenido una amante como usted.

GERTRUDIS- Y yo nunca había tenido entre mis manos algo tan impresionante. Duro y elástico al mismo tiempo.

MONCEY- ¿A qué os referís?

GERTRUDIS- A ese látigo de cuero trenzado. Nunca había visto nada igual.

MONCEY- Ah... eso. ¿De verdad es la primera vez que hace algo así en compañía?

GERTRUDIS- Sí. Y creo que no será la última. Si es que quiere usted repetir...

MONCEY- Naturalmente.

(Va a sentarse en una butaca, pero se levanta enseguida, con el trasero dolorido)

MONCEY (divertido)- Pero hoy por su culpa no podré sentarme durante un buen rato.

GERTRUDIS- Es que se ha portado muy mal, tenía que darle un correctivo.

MONCEY- Claro. Y para mí ha sido un placer recibir su castigo.

GERTRUDIS- Para mí también recibir el suyo.

MONCEY- Quizá hemos gritado más de la cuenta. Tengo miedo de que alguien nos haya oído.

GERTRUDIS- No se preocupe, las paredes de esta casa son muy gruesas. Seguro que no nos ha oído nadie.

(Entra AGUSTÍN, un poco mosqueado)

AGUSTÍN- Hola, Gertrudis. (Saludando, ceremonioso) Mariscal Moncey...

GERTRUDIS- Agustín... ¿No estabas trabajando en tu despacho?

AGUSTÍN- Lo he intentado, pero no podía concentrarme porque no dejaba de oír unos gritos y unos gemidos muy raros que salían de nuestro dormitorio.

GERTRUDIS (disimula) – ¿De verdad? Yo no he oído nada.

AGUSTÍN- Pues háztelo mirar, porque se oía por todo el piso de arriba. ¿Usted no lo ha oído, mariscal?

MONCEY (disimula) – ¿Yo? En absoluto. Además, no estaba en la casa, estaba dando un paseo por el jardín.

AGUSTÍN- Discúlpeme, mariscal, pero una de las voces era de hombre. Y yo juraría que era la suya. Y la otra voz era de mujer. Y juraría que era la tuya, Gertrudis. Así que exijo una explicación. Porque si ha pasado lo que pienso que ha pasado, no me quedará más remedio que exigirle una satisfacción, Moncey.

MONCEY- ¿Qué quiere decir?

AGUSTÍN- Que tendré que retarle a un duelo a pistola para restaurar mi honor conyugal.

(MONCEY traga saliva. GERTRUDIS y MONCEY se miran)

GERTRUDIS- De acuerdo, te lo confesaré todo., Agustín. Tienes derecho a saber la verdad.

MONCEY- ¿De verdad cree que es necesario, Gertrudis?

GERTRUDIS- Oías voces en el dormitorio porque había alguien, sí. Pero no éramos ni el mariscal ni yo.

AGUSTÍN- ¿Ah, no?

GERTRUDIS- No. Eran... los criados.

AGUSTÍN- ¿Ah, sí?

MONCEY- ¿Ah, sí?

GERTRUDIS- Sí, María y Paco.

AGUSTÍN- ¿Y hacían... lo que pienso que hacían?

GERTRUDIS- Sí.

AGUSTÍN- ¿¿En nuestro dormitorio?? ¿Y lo dices tan tranquila? ¡Qué poca vergüenza! ¡Pues esto no puede quedar así!

(Coge una campanilla y la hace sonar)

GERTRUDIS- ¿Qué haces?

AGUSTÍN- ¡Lo que haría cualquiera a mi lugar! ¡Despedirlos!

GERTRUDIS- ¡No, Agustín! ¡Te estás precipitando!

MONCEY- Le entiendo perfectamente, Don Agustín. ¡El que la hace, la paga!

(Llegan MARÍA y PACO)

PACO- ¿Nos llamabais, señor?

AGUSTÍN- ¡Sí! ¿No os da vergüenza lo que habéis hecho?

MARÍA- ¿Qué hemos hecho?

GERTRUDIS- Tranquilos, es que el señor Agustín no me ha dejado terminar mi explicación. María y Paco se han encerrado en nuestro dormitorio y han hecho lo que han hecho, con mi consentimiento.

MARÍA- ¿¿Qué??

PACO- ¿¿Qué??

AGUSTÍN- ¿¿Qué??

MONCEY- ¿¿Qué??

GERTRUDIS- Sí. María y Paco se han prometido en secreto hace poco. Pero Paco ha decidido alistarse hoy mismo como voluntario en el ejército de su majestad José I.

AGUSTÍN- ¿Ah, sí?

PACO- ¿Ah, sí?

MONCEY- ¿Ah, sí?

MARÍA- ¿Ah, sí?

GERTRUDIS- Sí. Y María y yo estamos muy conmovidas y muy orgullosas de su gesto tan patriótico. Pero ya sabemos cómo es la guerra: quizá Paco caiga en combate y María y él no vuelvan a verse. Así que les he dejado nuestro dormitorio para que puedan despedirse como es debido, con la promesa de que, si Paco vuelve, se casarán.

PACO- ¿De dónde habéis sacado toda esta sarta de...?

(Se calla porque, sin que AGUSTÍN se dé cuenta, MONCEY saca una bolsa de monedas y se la muestra a PACO, dándole a entender que si no los contradice el dinero será para él)

PACO- Aunque... ahora que lo recuerdo... me parece que sí que me alisté.

Pero todavía tengo en la cabeza imágenes muy dispersas, necesitaría algo más de ayuda.

(MONCEY capta el mensaje y, sin que AGUSTÍN se dé cuenta, le muestra a PACO una segunda bolsa de monedas)

AGUSTÍN- ¡Si quieres te ayudo a recordar a garrotazos!

PACO- No hará falta, no hará falta, acabo de recordarlo todo a la perfección: es cierto, me he alistado en el ejército francés para luchar contra los rebeldes de Zaragoza, que todavía se oponen a la autoridad de su majestad.

MARÍA- No me lo puedo creer... ¡Pues yo no tengo nada a ver!

GERTRUDIS- Entiendo que te quieras hacer la despistada, María, porque lo de irte a la cama con tu prometido antes de pasar por el altar...

MARÍA- ¡Pero si yo no...!

GERTRUDIS (la interrumpe)- No hace falta que disimules, todos lo entendemos. Yo la primera. Y el Señor, ahora que sabe la verdad, seguro que también. ¿Verdad que sí, Agustín?

AGUSTÍN- No sé... Supongo... En estas circunstancias...

MARÍA- ¡Pero si Paco y yo no...!

GERTRUDIS (la interrumpe) – Lo que no podría tolerar es que una criada me contradijera y me hiciera pasar por mentirosa. ¡Eso no se lo perdonaría nunca! Me vería obligada a despedirla y a sugerir a todo el mundo que no la contratara. Y entonces se quedaría sin techo y se moriría de hambre. Pero no es tu caso. ¿Verdad que no, María?

MARÍA (capta el mensaje) – No. (Pausa) Con su permiso, vuelvo a la cocina, que estoy terminando de preparar la comida

(Sale con prisa.)

PACO- Y yo, con su permiso, me voy para terminar de poner la mesa. Señora...
Señores...

(Hace una reverencia. MONCEY aprovecha para ponerse detrás de él y darle disimuladamente las dos bolsas con monedas sin que AGUSTÍN se dé cuenta. Una vez las tiene, PACO sale)

AGUSTÍN- No sé qué decir... Estoy muy avergonzado.

GERTRUDIS- Debes reconocer que has sido muy mal pensado, Agustín.

AGUSTÍN- Sí, lo reconozco. ¿Me perdonas?

GERTRUDIS- Me cuesta un poco... Pero que no se diga que no soy piadosa: sí, te perdono.

AGUSTÍN- Gracias. Y usted, mariscal... No tengo palabras para expresar mi arrepentimiento.

MONCEY- No se preocupe, son cosas que pasan. Por suerte, todo ha quedado aclarado.

AGUSTÍN- Sí. Y para celebrarlo, querría invitarle a un pacharán que nos acaban de traer. No sé de dónde ha salido, pero lo he probado y es exquisito.

MONCEY- Será un placer.

(Salen los tres)

ESCENA 2

(Entran MARÍA y PLÁCIDO, que va vestido como una dama.)

PLÁCIDO (mascullando)- ¿De verdad era necesario esto?

MARÍA- ¿Quiere impedir que la señorita Pilar se acueste con el general Morlot, sí o no?

PLÁCIDO- ¡No se tragarán que soy Mariska Lukács! ¿No te das cuenta?

MARÍA- Lo he vestido y lo he maquillado muy bien. En el palacete de Zaragoza recibíamos señoras que no eran ni la mitad de apuestas que usted.

PLÁCIDO- Tampoco se creerán que sea húngara.

MARÍA- Sí, hombre, sí. Usted hable arrastrando las erres como hacen los alemanes y la gente de por allí, y todo saldrá la mar de bien.

PLÁCIDO- No se lo tragarán, te lo digo yo. Pero con tal de evitar que Pilar cometa esa locura...

VOZ DE PILAR (desde el jardín, intentando convencerse)- ¡Ánimo Pilar, tú puedes!

MARÍA- ¡Corra! ¡Escondámonos!

(PLÁCIDO y MARÍA se esconden detrás un mueble. Entra PILAR desde el jardín)

PILAR (hablando consigo misma)- Tienes que hacerlo por la causa. No dejes que nada te asuste.

(Entra MORLOT sin que PILAR se dé cuenta.)

MORLOT- ¿Habla sola?

(PILAR da un respingo, asustada)

MORLOT- Perdone, no quería asustarla.

PILAR- Es usted tan silencioso... Seguro que en la batalla pillas siempre a sus enemigos desprevenidos. Eso le habrá dado muchas victorias, ¿a que sí?

MORLOT (petulante)- Ya lo creo. No es por presumir, pero mi fama me precede.

PILAR- Estoy segura de que esa fama le hará muy atractivo a ojos de muchas damas.

MORLOT- Seguramente. Pero, si le soy sincero, desde ayer solo me importa ser digno de una sola dama.

PILAR- ¿Ah, sí? ¿De cuál?

MORLOT- Debería saberlo, porque mis ojos no se separan de ella ni un solo momento.

PILAR- Perdóneme, pero no sé de quién me habla.

MORLOT- ¡De usted, señorita Pilar! (Le coge la mano y empieza a besuqueársela) Desde ayer solo vivo para usted.

(A PILAR no le hace ninguna gracia el contacto de MORLOT pero disimula y ríe, coqueta. PLÁCIDO, celoso, tiene el impulso de salir de su escondrijo pero MARÍA lo retiene. PLÁCIDO se contiene con esfuerzo y permanece en su escondrijo.)

PILAR- General Morlot... ¡Qué cosas dice!

MORLOT- Lo que intento decirle, Pilar, es que me he enamorado de usted y soy incapaz de pensar en nadie más.

(MORLOT coge a PILAR por la cintura y la atrae hacia él, dispuesto a besarla. Pero ella se aparta, juguetona. PLÁCIDO, celoso, tiene otra vez el impulso de salir de su escondrijo, pero MARÍA lo retiene. PLÁCIDO se contiene y permanece en su escondrijo, cada vez con más esfuerzo)

PILAR- Pues no tendría que pensar tanto en mí, porque tiene una misión muy importante: custodiar el cuaderno de códigos hasta que llegue vuestro espía Pegasus para descifrarlo.

MORLOT- No me preocupa, lo tengo bien guardado en el quinto que me ha cedido su padre.

PILAR-¿En el “quinto”? Querrá decir en el “cuarto.”

MORLOT- ¡Eso! Es que aún no domino muy bien el español.

PILAR- Voy a serle sincera: tengo curiosidad por verlo y tenerlo entre las manos.

MORLOT- ¿A qué se refiere?

PILAR- Al cuadernillo, ¿a qué si no?

MORLOT- No sé si puedo, el mariscal Moncey no quiere que...

PILAR (lo interrumpe)- Se lo recompensaría como se merece.

MORLOT- ¿De qué manera?

PILAR- ¿Y si le dijera que yo también me he fijado en usted desde que ha puesto los pies en esta casa?

MORLOT- ¿Es eso cierto?

PILAR (seductora, se acerca mucho)- Sí, desde el momento que os he visto me habéis robado el corazón. Y el resto de mi cuerpo.

MORLOT (lascivo)- ¿El resto también?

PILAR- Sí. El fuego del deseo me devora. Ahora que estamos solos y nadie nos escucha, por fin le puedo ser sincera.

(En su escondrijo, PLÁCIDO a duras se contiene)

MORLOT- A mí también me devora el fuego del deseo.

PILAR- ¿Pues a qué estamos esperando para ir a su cuarto? ¡Es ahora o nunca!

MORLOT- Tiene razón: ¡Ahora lo nunca! ¡Vamos!

(MORLOT le coge la mano a PILAR y van a salir. Pero PLÁCIDO no puede más y sale de su escondrijo. MARÍA, alarmada, no puede impedirlo)

PLÁCIDO- ¡¡NOOOOOO!!

(MORLOT y PILAR se giran, asustados. PILAR reconoce a PLÁCIDO)

PILAR (boquiabierta)- No puede ser...

(Llegan, uno detrás el otro, MONCEY, GERTRUDIS, AGUSTÍN y PACO. MARÍA, resignada, sale de su escondrijo)

AGUSTÍN- ¿Qué pasa?

GERTRUDIS- ¿Qué pasa?

PACO- ¿Qué pasa?

MONCEY- ¿Qué pasa?

MARÍA – Señoras... Señores... Los presento a Mariska Lukács... Acaba de llegar y yo le he abierto la puerta.

MONCEY- ¿Mariska Lukács? ¿Usted es la espía Pegasus?

PLÁCIDO (habla con voz de mujer y arrastrando las “r”)- Sí. Acabo de llegar de Budapest.

MONCEY- ¿De Budapest? Pero si mis últimos informes la situaban en Zaragoza.

PLÁCIDO- ¡Eso mismo! ¡Zaragoza! Como viajo tanto a causa de mis misiones secretas, me he confundido.

MORLOT- ¿Pegasus es una mujer? (a Moncey) ¿Usted lo sabía?

MONCEY- Sí. Y Mortier también. Pero ella nos pidió por carta que la nombráramos siempre como si fuera un hombre, para despistar, y a nosotros nos pareció bien. Es la primera vez que la vemos en persona.

AGUSTÍN- Pues es usted una mujer muy atractiva, señora Mariska. Nunca nadie podría confundirla con un hombre.

PLÁCIDO- Gracias, Señor Martínez.

AGUSTÍN- Señor de Martínez, si es tan amable.

PILAR- ¿Ha venido a lo que pienso que ha venido?

PLÁCIDO- Cumplo órdenes. Vengo a descifrar los códigos que le he robado a Palafox.

MONCEY- General, dele el cuaderno de códigos a Pegasus para que lo descifre.

MORLOT- Lo tengo en mi cuarto, iré a buscarlo.

(MORLOT sale)

AGUSTÍN (a PACO y MARÍA) - ¿Y vosotros qué hacéis aquí parados? ¡A trabajar, que hay que poner un cubierto más en la mesa!

(PACO y MARÍA salen)

MONCEY- ¿Qué tal van las cosas en Zaragoza, Pegasus? ¿Cómo ve los ánimos de esos rebeldes traidores?

PLÁCIDO- Tienen la moral muy alta. Nos va a costar vencerles. Si es que lo conseguimos.

MONCEY- ¡Seguro que sí! Con esos códigos descifrados, no tendrán nada que hacer.

PILAR- Yo creo que resistirán mientras esperan que lleguen los ingleses y el resto de fuerzas de liberación.

MONCEY (suspica)- ¿Ha dicho usted “de liberación”?

PILAR (disimula)- Bueno... Así es como las llaman ellos, ¿no?

PLÁCIDO- La señorita Pilar tiene razón. Y hay que sumar otro factor: después de que los franceses levantaran el primer sitio de la ciudad sin poder conquistarla, los rebeldes deben pensar que esta vez sucederá lo mismo. Y como también confían en la ayuda de las guerrillas para el abastecimiento...

AGUSTÍN- ¡Qué bien habla, señora Mariska! ¿O debo llamarla señorita?

(PLÁCIDO, en un compromiso, mira a MONCEY con miedo a meter la pata)

PLÁCIDO- Don Agustín, recuerde que soy espía. Mi misión no es dar información, sino obtenerla.

MONCEY- Buena respuesta, Pegasus, buena respuesta.

AGUSTÍN (Mirando a Plácido, pensativo)- Llevo un rato pensando... Yo diría que la he visto antes, Mariska.

GERTRUDIS- Sí, a mí también me suena haberla visto en nuestro palacete de Zaragoza.

PLÁCIDO- Imposible. ¡Si hasta hace dos días yo estaba en Budapest!

(MONCEY lo mira desconcertado. PLÁCIDO traga saliva)

PLÁCIDO- ¿En París?

(MONCEY lo mira en silencio. PLÁCIDO traga saliva)

PLÁCIDO- ¿En Madrid?

MONCEY- Está bien que juegues a despistar, Pegasus, pero esta familia es de los nuestros y ha demostrado ser fiel a la causa de Su Majestad José I. Así que les puedes decir que actuabas en Zaragoza desde antes de la ocupación.

PLÁCIDO- Ah... pues ya lo han oído: yo actuaba en Zaragoza desde los inicios de la ocupación. Pero nunca estuve en su casa, se lo puedo asegurar.

GERTRUDIS- ¿Ni tampoco ningún hermano suyo?

PLÁCIDO- Imposible. Mis hermanos están en Budapest.

(MONCEY lo mira desconcertado. PLÁCIDO traga saliva)

PLÁCIDO- ¿En París?

(MONCEY lo mira en silencio. PLÁCIDO traga saliva)

PLÁCIDO- ¿En Madrid?

MONCEY- ¡Y dale! Le digo que no hace falta que juegue al despiste con ellos, Pegasus! (A GERTRUDIS y AGUSTÍN). No tiene hermanos, es hija única.

GERTRUDIS- ¡Uy, entonces estará muy mimada!

PLÁCIDO- Sí... muchísimo...

(Llega MORLOT)

MORLOT- Aquí está. ¡El cuaderno de los códigos!

AGUSTÍN- ¿No quiere sentarse, Moncey?

MONCEY (que tiene el culo dolorido por los latigazos de Gertrudis)- En un momento tan solemne como este, prefiero estar de pie. Vamos a ver por dónde empezamos.

(MONCEY se pone a hojear el cuaderno de códigos. AGUSTÍN, GERTRUDIS y MORLOT curiosean tras él. PLÁCIDO y PILAR lo aprovechan para ir a un aparte y hablan en voz baja)

PILAR- ¿Se puede saber qué estás haciendo, Plácido?

PLÁCIDO (habla con voz de hombre)- ¿Me has reconocido?

PILAR- Desde el primer momento. Te he hecho una pregunta: ¿qué haces aquí?

PLÁCIDO- Salvar tu honor.

PILAR- ¿Perdona?

PLÁCIDO- Estabas dispuesta a acostarte con Morlot para conseguir el cuaderno de códigos.

PILAR- ¿Y qué?

PLÁCIDO- ¿Cómo que “y qué”? ¡Eres mi prometida!

PILAR- Pero ahora soy espía. Y tú me dijiste: (Imitándolo) “Por ahora nuestra causa tiene que estar por encima de cualquier otra cosa”

PLÁCIDO- No hace falta que te tomes al pie de la letra todo lo que te digo.

PILAR- ¿Y ahora cómo piensas llevarte el cuaderno de códigos?

PLÁCIDO- No hará falta que me lo lleve.

PILAR- ¿Ah, no? ¿Entonces qué vas a hacer?

PLÁCIDO- Ya lo verás.

(MONCEY localiza lo que buscaba en el cuaderno de códigos)

MONCEY- ¡Aquí está! ¿Puede descifrar este fragmento, Pegasus? Se menciona París pero también Londres y Viena, que son ciudades enemigas. También se menciona a Wellington, el general inglés que no deja de hostigar a nuestras tropas, y a Castaños, el general español que nos derrotó en Bailén. Pero el resto no se entiende.

(Le da el cuaderno a PLÁCIDO, que lee atentamente en silencio. Todos esperan con expectación su respuesta. De repente PLÁCIDO se echa a reír).

MONCEY- ¿Por qué se ríe?

PLÁCIDO (con voz de mujer)- Es que me hace mucha gracia.

MONCEY- ¿Un cuaderno de claves? No sé qué gracia puede tener eso.

PLÁCIDO- No es un cuaderno de claves, es un cuento infantil.

MORLOT- ¿Qué está diciendo? ¿Un cuento infantil?

PLÁCIDO- Sí, en húngaro.

MORLOT- ¿Entonces no es un cuaderno de códigos?

PLÁCIDO- No, me equivoqué. Cuando lo cogí del despacho de Palafox, con las prisas me lo pareció. Pero es un cuento infantil en húngaro, les ruego que me disculpen.

MORLOT- ¡Esto es imperdonable, Pegasus! ¡Tendrían que colgarla boca abajo con piedras atadas a pies y brazos! ¡Y después azotarla!

GERTRUDIS (emocionada)- Sí, sí, buena idea...

(Los otros la miran, desconcertados por su reacción)

GERTRUDIS (justificándose)- Ha sido una incompetente, está claro.

MONCEY (suspica)- Francamente, Pegasus, no entiendo qué hacía un cuaderno de cuentos infantiles en húngaro, en la mesa de Palafox. Según mis informes, él no sabe húngaro.

PILAR- Quizá fue un regalo de despedida de algún oficial austrohúngaro que le asesoró militarmente, antes de volver a su país. Todos saben que los austrohúngaros fueron humillados en el campo de batalla por ustedes, los franceses, y que les tienen mucha manía.

MONCEY (suspica)- Así que una fábula infantil húngara, ¿eh? Donde salen las palabras “Londres”, “París”, “Viena” y donde también se menciona a Wellington y a Castaños...

PLÁCIDO- Eso es.

MONCEY- Entonces... ¿le importaría leerlo en voz alta?

PLÁCIDO (traga saliva)- ¿En voz alta?

MONCEY- Sí, tengo curiosidad.

PILAR- Pero si es para niños... seguro que nos aburriríamos.

GERTRUDIS- Niña, no contradigas al mariscal.

AGUSTÍN- ¡Eso! Si a él le apetece escucharlo, tú a callar. Además, si Palafox lo tenía en su mesa de despacho, no puede ser tan aburrido.

GERTRUDIS- Es más: tú podrías ayudar a la señorita Lukács a leerlo, que por algo aprendiste a hablar húngaro.

MORLOT- ¿Húngaro? ¿Para qué?

AGUSTÍN – Fue un reto que le pusimos de pequeña: no paraba de pedir que le compráramos un poni y, para que desistiera, le dijimos que si era capaz de

aprender un idioma tan difícil como el húngaro se lo regalaríamos. Pero ella no paró hasta que aprendió a hablarlo con fluidez. Y consiguió el poni, claro.

MORLOT- ¡Qué mujer! No he conocido a ninguna como la señorita Pilar.

MONCEY- Menos charla y vayamos al grano. ¿A qué espera, Pegasus? Empiece a leer de una vez.

(MONCEY, MORLOT, GERTRUDIS y AGUSTÍN lo miran, expectantes)

PLÁCIDO- De acuerdo. (Finge leer el cuaderno de códigos) Érase una vez... un... un ratón muy travieso que vivía en Londres... y... y...

(PILAR le coge el cuaderno para continuar)

PILAR- Y quería ir a París porque había oído que allí se vivía mucho mejor. Y también le habían contado que en el palacio del emperador se comía muy bien...

MORLOT- Eso es verdad, soy testigo.

(PLÁCIDO le coge el cuaderno para continuar)

PLÁCIDO- En el palacio del emperador tenían mucha fama sobre todo los panecillos de Viena, que eran muy blandos y muy succulentos. Así que el ratón, que se llamaba Ington, pidió permiso a su padre para irse a vivir a París y su padre le contestó en un perfecto inglés: "Well, Ington". O sea: "Bien, Ington" , dándole permiso. Entonces Ington se embarcó y... y...

(PILAR le coge el cuaderno para continuar)

PILAR- ...y cruzó el Canal de la Mancha y llegó a París. Pero allí los ratones que vivían en palacio no le dejaban entrar porque...porque no sabía francés, pero...pero...

(PLÁCIDO le coge el cuaderno para continuar)

PLÁCIDO- Pero por suerte... un ratón muy bueno se hizo amigo de Ington y se lo llevó a vivir a su madriguera que estaba... que estaba...

(PILAR le coge el cuaderno para continuar)

PILAR- Que estaba bajo uno de los castaños del jardín. Y allí siguen, tan felices.

(PLÁCIDO le coge el cuaderno para continuar)

PLÁCIDO- Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

(AGUSTÍN, GERTRUDIS y MORLOT aplauden con entusiasmo. MONCEY, en cambio, está desanimado.)

MONCEY- Entonces es cierto: no es el cuaderno de códigos que usa el enemigo para mandar a los suyos mensajes en clave.

PLÁCIDO- No. Y yo me jugué el cuello por nada.

MORLOT- Al menos el cuento es entretenido, a mí me ha gustado.

PLÁCIDO- ¿Le parece mal si me quedo el cuaderno, mariscal? Como está en húngaro me hará ilusión tenerlo, me recordará mi hogar. Y como ya no les hace falta...

MONCEY- Está bien, quédeselo.

GERTRUDIS- Tienes muy fresco el húngaro, hija, y eso que llevas años sin practicarlo. Me has dejado boquiabierta.

AGUSTÍN- Y a mí. Y usted lo ha leído con mucha gracia, señorita Mariska. ¡Qué expresión le ha dado! ¡Y qué voz tan melodiosa tiene!

(GERTRUDIS mira a AGUSTÍN con mala cara por sus elogios)

MONCEY- Cuando Mortier se entere, correrá a contárselo a Su Majestad. ¡Y quedaré en ridículo!

(Entran MARÍA y PACO)

MARÍA- El almuerzo ya está listo.

PACO- Y la mesa puesta. Los señores pueden pasar al comedor cuando les plazca.

AGUSTÍN (a los invitados)- ¿A qué esperamos? ¡Vamos! Un estómago lleno ayuda a digerir mejor los disgustos.

(Empiezan a salir de escena)

GERTRUDIS (a Agustín, mientras salen)- ¿Me ha parecido que intentabas seducir a Mariska Lukács?

AGUSTÍN- ¿Yo? ¡Qué dices! ¡Ni por asomo!

(Salen todos menos PILAR y PLÁCIDO, que se quedan atrás)

PILAR- ¡Felicidades, Plácido! ¡Lo has hecho muy bien!

PLÁCIDO (con voz de hombre)- Tú también.

PILAR- Formamos un buen equipo. Pero esto todavía no ha terminado, ahora tendrás que avisar a Palafox para que cambie los códigos.

PLÁCIDO- Ya lo sé, le contaré personalmente lo que ha pasado aquí. Pero tendré que quedarme a comer e irme después, si no los franceses podrían sospechar algo.

PILAR- Has sido muy ingenioso y muy valiente. Estoy muy orgullosa.

(Se abrazan. Entra AGUSTÍN, que se sorprende al encontrarlos así)

AGUSTÍN- ¡Pilar! ¿Qué haces?

(PLÁCIDO y PILAR se separan)

PILAR- Estaba... estaba consolando a Mariska, que está desolada por el fracaso de su misión.

PLÁCIDO (lloroso, con voz de mujer, fingiendo)- Sí. Tanto esfuerzo para nada. Les he fallado a mis superiores.

AGUSTÍN- No diga eso, mujer. A mí me parece una gran espía. Pilar, ¿por qué no vas al comedor? Yo me quedaré haciendo compañía a la señorita Lukács, hasta que se vea con ánimo de reunirse con el resto de nuestros invitados.

PILAR- Pero es que...

AGUSTÍN (La interrumpe)- ¿No me has oído? ¡Al comedor! No me hagas repetirlo.

PILAR- De acuerdo.

(PILAR sale a disgusto)

AGUSTÍN- Así que está usted desanimada.

PLÁCIDO (lloroso, fingiendo)- Sí. Mucho. Descubrir que solo era un cuento infantil húngaro ha sido muy duro para mí.

AGUSTÍN- Entonces deje que la consuele.

(Abraza a PLÁCIDO con fuerza durante un buen rato, sin soltarlo.)

PLÁCIDO- Gracias, creo que ya estoy mejor.

(Intenta librarse de AGUSTÍN pero no puede)

AGUSTÍN- No tenga prisa, mujer. Un buen abrazo puede ser muy terapéutico.

PLÁCIDO- Ya, pero si no te deja respirar puede ser fatal...

(AGUSTÍN se separa y mira fijamente a PLÁCIDO)

AGUSTÍN- ¿Quiere tumbarse un rato a mi cama? Quizá le iría bien para tranquilizarse del todo.

PLÁCIDO- No hace falta.

AGUSTÍN- Insisto. Para mí será un placer.

PLÁCIDO- Ya me lo imagino. Precisamente por eso declino su invitación.

AGUSTÍN- Incluso para eso es delicada. Nunca he conocido a una mujer como usted.

PLÁCIDO- Eso no me cuesta creerlo.

AGUSTÍN- Me ha robado el corazón desde que la he visto.

(Intenta besarle, pero PLÁCIDO se aparta)

PLÁCIDO- ¿Qué hace? ¡Si está casado!

AGUSTÍN- Ya lo sé, pero mi mujer no me hace caso, para ella soy invisible. Así que podría decirse que no tengo ningún compromiso.

PLÁCIDO- Pero yo sí, estoy prometida

AGUSTÍN- ¿De verdad?

PLÁCIDO- Sí.

AGUSTÍN- Pero ahora mismo su prometido debe estar lejos, como mínimo en Budapest.

(PLÁCIDO lo mira en silencio)

AGUSTÍN- ¿En París?

(PLÁCIDO lo mira en silencio)

AGUSTÍN- ¿En Madrid?

PLÁCIDO- Con todos los respetos, no le incumbe dónde se encuentra mi prometido. Es un asunto personal. Y ahora, si me disculpa, me voy con el resto de invitados.

(Sale, muy digno)

AGUSTÍN (encandilado)- Si es que es delicada incluso cuando se enfada.

(Sale detrás de PLÁCIDO)

ESCENA 3

(Entra MARÍA. Detrás de ella entra PACO)

MARÍA- ¿Qué haces aquí? ¿Es que no puedo estar ni un momento tranquila, mientras los señores y sus invitados se comen el primer plato?

PACO- Necesito hablar contigo.

MARÍA- Tú y yo no tenemos nada que hablar.

PACO- Por favor, María, tienes que perdonarme. Todo lo que he hecho, ha sido por ti.

MARÍA- ¡Y una mierda!

PACO- Es cierto. Sabes que estoy loco por ti, pero dices que solo te casarás con un hombre rico y elegante. Y yo he querido ganar dinero con el contrabando para ser el hombre rico y elegante que tú deseas.

MARÍA- Hay una elegancia que se puede comprar con dinero, sí, no voy a negarlo. Pero la elegancia de verdad sale del corazón y se demuestra con las decisiones que tomas. Y tú juegas con la escasez y con las necesidades de la gente, sin ningún escrúpulo. Y encima eres un renegado, te atreves a decir que los patriotas que están luchando por sus ideales en las murallas de Zaragoza, son unos pobres desgraciados.

PACO- ¿Si me hiciera voluntario y fuera a Zaragoza, para defender el trono del Rey Fernando y para luchar por esos derechos que defendéis los liberales... me perdonarías?

MARÍA- Tú eres incapaz de hacer eso.

PACO- No me conoces. Yo por ti soy capaz de hacer lo que sea.

(Se miran intensamente. MARÍA está impresionada por las palabras de PACO. Llamam a la puerta, pero MARÍA y PACO están tan encandilados que ni se dan cuenta. Vuelven a llamar, esta vez con más fuerza. Entra AGUSTÍN)

AGUSTÍN- ¿Qué pasa? ¿Por qué no abris? ¿No oís que están llamando a la puerta?

(Detrás suyo entran MONCEY, GERTRUDIS, MORLOT, PILAR y PLÁCIDO)

GERTRUDIS-¿Qué pasa?

MONCEY- ¿Qué pasa?

MORLOT- ¿Qué pasa?

PILAR- ¿Qué pasa?

PLÁCIDO- ¿Quién llama?

(Vuelven a golpear la puerta, todavía con más fuerza)

AGUSTÍN- ¿A qué esperas, Paco? ¡Ve a abrir de una vez!

(PACO sale y a los pocos segundos vuelve con MORTIER)

PACO (anunciándolo)- ¡El muy ilustre Mariscal Mortier!

MORTIER- Señoras... Señores... siento interrumpirles pero traigo malas noticias del cuartel general. Según mis informadores... los guerrilleros han hecho prisionera a su nuestra espía Pegasus. Así que nos hemos quedado sin la intérprete que podía descifrar el cuaderno de códigos enemigos.

(TODOS miran a PLÁCIDO, que traga saliva)

MONCEY- Eso es imposible, Mortier. Pegasus está aquí con nosotros. Es ella.

(Señala al PLÁCIDO)

PLÁCIDO (con voz de mujer, tímidamente)- Hola...

MORTIER- ¡No es posible, tiene que ser una impostora! ¡Mis informadores nunca se equivocan!

PILAR- ¿Cómo puede decir eso, mariscal? ¿Esta mujer se mete en el despacho del mismísimo Palafox, jugándose la vida para conseguir información valiosa, y usted la trata de este modo?

PLÁCIDO- ¡Exacto! Yo no tengo la culpa de que al final fuera un cuento infantil y no un cuaderno de códigos. Pero le aseguro que soy Mariska Lukács.

MORTIER- ¿Qué está diciendo? ¿Un cuento infantil?

MORLOT- Sí. En húngaro.

MORTIER- No me lo creo. Mis informadores me aseguraron que Pegasus había robado el cuaderno de códigos con las claves que Palafox usa para comunicarse con las tropas rebeldes que hay fuera de Zaragoza.

MONCEY- ¿Y qué explicación le encuentra a eso? Porque yo solo veo una: que sus informadores son unos incompetentes.

MORLOT- Sí, yo también lo pasto.

GERTRUDIS (extrañada)- ¿"Lo pasto"? Querrá decir "lo pienso".

MORLOT- ¡Eso! ¡Maldita sea, qué idioma más difícil!

MORTIER- Puede haber otra explicación: que esta supuesta Mariska Lukács en realidad sea una impostora y quiera hacernos creer que lo que tenemos en nuestras manos no es el cuaderno con las claves secretas del enemigo.

(PLÁCIDO se ríe con esfuerzo, fingiendo. PILAR le sigue el juego. MARÍA también se apunta y finalmente PACO también se ríe, sin tener ni idea de por qué lo hace)

PLÁCIDO- ¡Una impostora! ¡Qué gracia!

PILAR- Sí, tiene usted mucha imaginación, mariscal Mortier.

MARÍA- Ya lo creo. Hay que ser muy retorcido.

PACO (sin saber de qué habla)- Muy retorcido, sí...

GERTRUDIS (a MARÍA y PACO) – ¿Y a vosotros dos quien os ha dado permiso para opinar?

MARÍA- Perdón.

PACO- Disculpen.

AGUSTÍN- ¡Salid de aquí ahora mismo!

(PACO y MARÍA salen)

MORTIER (a PLÁCIDO)- Confiese de una vez: ¿Quién es usted?

PILAR- Ya se lo ha dicho, Mariska Lukács, la espía Pegasus.

MORTIER- Deje que responda ella.

(TODOS miran a PLÁCIDO, expectantes. PLÁCIDO traga saliva)

PLÁCIDO- Soy Mariska Lukács, la espía Pegasus. Lo que pasa... lo que pasa es que he querido asegurarme de que nadie me siguiera hasta aquí, ni intentara capturarme. Así que... he hecho correr el rumor de que me habían hecho prisionera. Así el enemigo ya no se tomaría la molestia de buscarme.

MONCEY- Mira por dónde. Muy hábil, Pegasus.

PLÁCIDO- Gracias.

MORTIER- ¿Y su lunar?

MORLOT- ¿A qué se refiere?

MORTIER- Pegasus tiene un lunar en el pecho izquierdo. Si ella también lo tiene, me confirmará que es la auténtica Pegasus.

PILAR- ¿Le ha dado ya un argumento incontestable y se atreve a ponerla todavía en entredicho? ¿Por qué? ¿Porque es una mujer? ¿Acaso le exigiría tanto a un hombre? ¿Qué quiere, que muestre los pechos ante todo el mundo?

PLÁCIDO (sufriendo) Señorita Pilar, no hace falta que dé ideas.

PILAR- ¡Tarde o temprano llegará el día en que los hombres dejen de insultarnos de este modo! ¡Y que la palabra de una mujer valdrá lo mismo que la de un hombre! ¡Si le pide a Mariska que le muestre el lunar que tiene en el pecho, yo también me desnudaré para enseñarles los míos! ¡En esta casa hoy somos todas Mariska Lukács!

GERTRUDIS- Hombre, todas, todas...

MORLOT- ¡Qué discurso, señorita Pilar! ¡Cuánta pasión le ha puesto! ¡Y qué vocabulario! A mí me ha convencido.

MONCEY- La señorita Pilar tiene razón: con la explicación que nos ha dado Pegasus, yo ya tengo bastante. No hace faltada ser tan exigente.

AGUSTÍN- Pero si el mariscal Mercier va a quedarse con la duda... no estaría de más que...

GERTRUDIS (interrumpiéndolo)- No estaría de más nada, querido. Zanjemos este asunto cuanto antes, si no se nos va a enfriar la comida en el plato.

PLÁCIDO- Gracias por su confianza, señoras y señores. Y por su defensa tan apasionada, señorita Pilar. Me ha llegado al corazón, nunca lo olvidaré

MORTIER- ¿Entonces, debo deducir que el supuesto cuaderno de códigos no es tal?

MONCEY- Efectivamente.

MORTIER- Cuando su Majestad el rey José lo sepa, se organizará un escándalo.

MONCEY- Eso me temo.

MORTIER- Lo peor de todo es que hemos perdido una gran ocasión para acabar con el asedio de la ciudad. Vuelvo al campamento, quiero debatir con los otros jefes militares qué estrategia debemos seguir a partir de ahora.

MONCEY- Voy con usted.

MORLOT- ¿Pero... y el almuerzo? No podemos hacerles ese feo a nuestros tontorrones.

AGUSTÍN (extrañado)- ¿"Tontorrones"? ¡Querrá decir "anfitriones"!

MORLOT-¡Eso!

MONCEY- Seguro que lo entenderán. ¿Verdad que sí?

AGUSTÍN- Si no hay más remedio... La victoria es lo más importante.

GERTRUDIS- ¿Y qué hacemos con vuestras pertenencias?

MONCEY- Mandaremos criados para que vengán a buscarlas. (Con intención, por los flagelos) Mientras tanto, puede usar lo que quiera, si le place. Vamos, señores.

(MONCEY y MORTIER salen)

MORLOT (a Pilar)- Siento tener que separarme de usted. Sé que a los dos nos apetecía conocernos más profundamente. Desgraciadamente no es posible.

PILAR (disimula)- Sí, es una desgracia. Ya vendrán tiempos mejores.

(MORLOT le besa la mano)

MORLOT (a PLÁCIDO)- ¿No viene con nosotros al campamento?

PLÁCIDO- No, quiero que todo el mundo siga pensando que me han hecho prisionera. Así podré moverme con más libertad.

MORLOT- Muy hábil.

(MORLOT se va)

AGUSTÍN- Pues yo no pienso desaprovechar la comida, que todo lo que hemos servido en la mesa vale un buen dinero.

GERTRUDIS- Te acompaño.

(AGUSTÍN y GERTRUDIS salen. Una vez solos, PLÁCIDO y PILAR se abrazan)

PLÁCIDO (con voz de hombre)- ¡Lo hemos conseguido!

PILAR- Sí. Ahora los franceses lo tendrán muy difícil para derrotarnos. Si es que nos derrotan. ¿Quién te ha vestido y te ha maquillado de esta manera? Lo ha hecho muy bien.

PLÁCIDO- María, que simpatiza con nuestra causa mucho más de lo que pensaba.

PILAR- Vamos a mi habitación, ahí podrás quitarte el maquillaje y la ropa.

PABLO (pícaro)- ¿Tú también te quitarás la tuya?

PILAR (pícaro)- No. Dejaré que me la quites tú.

(Salen riendo. Entran MARÍA Y PACO, que lleva un zurrón y viste para salir a la calle)

MARÍA- ¿De verdad quieres irte a Zaragoza?

PACO- Sí. Quiero demostrarte que no soy como crees y que merezco que me quieras.

MARÍA- Pero puede ser muy peligroso...

PACO- Peor sería quedarse aquí, muriéndome de pena porque tú no me quieres mirar a la cara.

MARÍA- Ahora te estoy mirando a la cara.

PACO- Porque me voy voluntario a luchar por Zaragoza y por la Libertad. Si no, no lo harías.

MARÍA- ¿Y tú que sabes?

PACO- Tendré que cruzar las líneas enemigas. Ojalá existiera un aparato que nos pudiera llevar por los aires de un lugar a otro.

MARÍA- ¡Qué dices! Eso no se inventará nunca. ¡Menuda imaginación!

PACO- Cuídate.

MARÍA- Tú también.

(PACO se va. MARÍA se queda mustia y sale por el lado opuesto. Al cabo de unos segundos entra corriendo PLÁCIDO, todavía vestido de mujer. Lo persigue AGUSTÍN)

PLÁCIDO (con voz de mujer)- ¿Quiere dejar de perseguirme?

AGUSTÍN- Es que he tomado una decisión muy importante y te la quiero contar: Voy a pedirle al Santo Padre la nulidad de mi matrimonio para poder casarme contigo.

PLÁCIDO- No me puedo casar con usted. Espera de mí una clase de amor que no yo no puedo darle.

AGUSTÍN- Con el paso del tiempo me acabarás queriendo, ya lo verás.

PLÁCIDO- Agustín, usted y yo no podemos casarnos de ninguna manera.

AGUSTÍN- ¿Por qué no?

PLÁCIDO- En primer lugar, porque mi aspecto es muy engañoso. Esta ropa esconde mi auténtica apariencia.

AGUSTÍN- No me importa.

PABLO- ¡Y ronco! ¡Ronco muchísimo!

AGUSTÍN- Me da igual.

PLÁCIDO- Antes le he dicho que estaba prometida. ¿Es que para usted eso no significa nada?

AGUSTÍN- No. Si tu prometido te quisiera de verdad, no se separaría de ti ni un momento. Cómo haré yo.

PLÁCIDO- Nunca le podría dar hijos.

AGUSTÍN- No pasa nada. Ya tengo a Pilar.

PLÁCIDO (harto)- No lo entiende, Agustín...

(Se quita la peluca)

PLÁCIDO (con voz de hombre)- ¡Soy un hombre!

(PLÁCIDO sale de escena. AGUSTÍN se queda de piedra, incapaz de reaccionar)

EPÍLOGO

(Entra AGUSTÍN, con mala cara. Entra GERTRUDIS por el otro extremo del escenario, para ir a recibirlo)

GERTRUDIS- ¿Qué? ¿Cómo te ha ido con las nuevas autoridades de Zaragoza?

AGUSTÍN- Mal. El gobernador francés quiere reconstruir la ciudad cuanto antes, yo le he dicho que quiero presentarme a la licitación con mi nueva constructora, ¿y sabes qué me ha respondido?

GERTRUDIS- ¿Qué?

AGUSTÍN- Que me puede adjudicar el proyecto, pero solo si le pago una comisión. ¡Habla de un diez por ciento!

GERTRUDIS- ¡Qué caradura!

AGUSTÍN- Tanto decir que nos traen la paz y la libertad... y ya ves. No sé de qué ha servido mantenernos fieles a su causa. Si llego a saberlo, cuando empezó el asedio a lo mejor me habría quedado en Zaragoza en lugar de venirme a Villafranca.

GERTRUDIS- ¡Qué dices! ¿Tú sabes lo que ha sufrido toda esa gente que había dentro de las murallas? Solo los ha faltado comerse entre ellos. Eso si es que no lo han hecho.

AGUSTÍN- Pero al menos han conservado su dignidad. Yo, ni eso.

GERTRUDIS- ¿Has podido pasar por el palacete a coger lo que te he pedido?

AGUSTÍN-¿Te refieres al crucifijo, al libro de oraciones y a los flagelos con los que haces penitencia?

GERTRUDIS- Sí. ¿Lo has traído?

AGUSTÍN- No. ¿Y sabes por qué? Porque el palacete está hecho escombros, por culpa de los bombardeos que ordenó Moncey sobre la ciudad.

GERTRUDIS- ¡La madre que lo parió! Si lo llego a saber, no habría aceptado que me...

(Calla, viendo que habla demasiado)

AGUSTÍN- Acaba, mujer. ¿Qué es lo que no habrías aceptado?

GERTRUDIS (disimula) – Quiero decir que no habría sido tan buena anfitriona con él. Puede que le diera más de lo que se merece.

AGUSTÍN- Seguramente. (Bosteza) Si no te importa, me tumbo un momento en el sofá. El viaje me ha dejado para el arrastre.

GERTRUDIS- Descansa. Yo aprovecharé para arreglar las flores de los jarrones.

(AGUSTÍN se tumba en el sofá. GERTRUDIS arregla las flores de los jarrones que hay en el salón. Entra por el jardín CAYETANO, con una saca. Ve a GERTRUDIS pero no ve a AGUSTÍN tumbado en el sofá.)

CAYETANO- ¡Psst! ¡Señora!

GERTRUDIS- ¿Qué quiere?

(AGUSTÍN, todavía tumbado, abre los ojos y escucha la conversación.

GERTRUDIS no se da cuenta y CAYETANO continúa sin verlo)

CAYETANO- ¿Usted es la señora de la casa?

GERTRUDIS- Sí. ¿Por qué lo pregunta?

CAYETANO- ¿Sabe quién soy?

GERTRUDIS- ¡Perfectamente! El hombre con quien Paco, mi criado, hacía negocios de contrabando antes de alistarse en las milicias de Zaragoza.

CAYETANO- ¡Exacto! Cayetano García, para servirla.

GERTRUDIS- Veo que lleva la saca muy llena. ¿No ha flaqueado, su negocio, con la caída de Zaragoza?

CAYETANO- Mi negocio no flaquea nunca, señora. Es más: se me viene encima una buena racha. ¿No ve que hay mucha escasez y la gente está dispuesta a pagar lo que sea para llevarse a la boca un trozo de pan?

GERTRUDIS- La gente como usted me da asco.

CAYETANO- Diga lo que quiera, pero tarde o temprano todo el mundo acaba llamando a mi puerta. También la aristocracia.

GERTRUDIS- Diga lo que tenga que decir y váyase.

CAYETANO- Paco me dijo que estaba interesada en un material... digamos... muy especial. Me ha costado mucho conseguirlo, pero finalmente se lo he podido traer. Y se lo puedo dejar a buen precio.

(CAYETANO saca el material de la saca y lo deja encima de la mesa, a medida que lo va nombrando)

CAYETANO- un látigo de cuero con nudos... una fusta para caballos... alambre de espino... cuerdas... velas...

(GERTRUDIS se da cuenta de que AGUSTÍN está despierto y lo está oyendo todo)

GERTRUDIS (disimula)- Se está confundiendo de persona: yo no he pedido nada de esto.

CAYETANO- Sí lo ha pedido, señora. Recuerdo perfectamente que Paco tenía una lista que usted le dio. Se ve que le gusta mortificarse con estas cosas. Y por lo que me comentó Paco, creo que no lo usa solo con intención de hacer penitencia.

(CAYETANO se ríe. AGUSTÍN se incorpora)

AGUSTÍN- ¡No le permito que se burle de mi mujer!

CAYETANO- ¡Joder, qué susto me ha dado! ¿Es su marido? No sabía que estaba escuchando.

AGUSTÍN- Mi mujer es una persona devota, no una depravada como usted insinúa. (Por los flagelos) ¡Llévese esto ahora mismo de aquí! ¡Mi Gertrudis no necesita nada de lo que le ha traído!

GERTRUDIS- Hombre, Agustín... Tampoco tienes que ser tan tajante...

AGUSTÍN- ¿Qué quieres decir? ¿Que te gustaría usarlo?

GERTRUDIS- ¡Pues mira, sí! Porque nuestra vida conyugal se ha vuelto muy aburrida. Y como tú no hacías nada para solucionarlo, he tenido que encontrar la solución yo sola.

AGUSTÍN- ¡Así que cuando te encerrabas en la habitación para hacer penitencia, no solo hacías penitencia! ¡Eres una depravada!

GERTRUDIS- ¡No te consiento que me hables así!

(Azota a AGUSTÍN con la fusta. A AGUSTÍN le gusta y se sorprende)

AGUSTÍN- Oh...

GERTRUDIS- ¿Qué te pasa?

AGUSTÍN- Que me ha gustado. Qué extraño.

GERTRUDIS- ¡No me tomes el pelo!

(GERTRUDIS vuelve a azotar a AGUSTÍN con la fusta. A AGUSTÍN vuelve a gustarle).

AGUSTÍN- ¡Ooooooh! ¿Lo podrías repetir?

GERTRUDIS (gratamente sorprendida) – ¿Entonces es verdad? ¿Me estás diciendo que te gusta?

AGUSTÍN- Ya ves que sí. Nunca me lo habría imaginado. Ahora empiezo a entender muchas cosas.

GERTRUDIS (insinuante)- Si tú quieres, podría enseñarte cómo uso todas estas cosas.

AGUSTÍN- No sería mala idea.

GERTRUDIS- Pero tendrás que portarte bien y no ser malo, si no tendré que castigarte.

AGUSTÍN- De acuerdo, haré todo lo que me pidas. Y si me porto mal, tienes mi permiso para castigarme. ¡Vamos a la habitación y me lo enseñas todo!

(AGUSTÍN y GERTRUDIS cogen los flagelos y se disponen a salir.)

CAYETANO- ¡Un momento! Me alegro mucho de que hayan vuelto a darle alegría a su matrimonio. ¿Pero a mí quien me paga? Son cuatro monedas de oro.

AGUSTÍN – ¿Cuatro?

CAYETANO- Sí. O me llevo el género.

AGUSTÍN- ¡Aquí tiene cinco!

(Le da las cinco monedas a CAYETANO. AGUSTÍN Y GERTRUDIS salen con prisa con los flagelos)

CAYETANO- Si es lo que digo: Sean franceses o españoles, siempre hay gente para todo.

(Sale por el jardín con la saca. Entra MARÍA con PACO, que lleva uniforme y cojea)

PACO- Gracias, María. Todavía no sé cómo he podido llegar hasta aquí, con la pierna herida.

MARÍA- Y yo no entiendo cómo has podido esquivar al ejército enemigo.

PACO- Los franceses están tan entusiasmados con la caída de Zaragoza, que han bajado la guardia.

MARÍA- ¿Has estado en el asalto final?

PACO- Sí. Ha durado muchos días. Luchábamos casa por casa, defendiendo cada piso y cada tapia. Pensaban que una vez dentro de las murallas la ciudad se rendiría, pero hemos resistido y los hemos contenido más de lo que esperaban.

MARÍA- ¿Y qué ha pasado con el general Palafox?

PACO- El alto mando francés le mandó una propuesta de rendición, y él respondió “defenderé hasta la última tapia.” Pero después enfermó y la Junta de Defensa que lo sustituyó ha acabado firmando la propuesta.

MARÍA- Por suerte tú estás vivo. Has sido muy valiente, Paco. Si supieras lo preocupada que estaba por ti...

PACO- ¿De verdad?

MARÍA- He pensado en ti todos los días. Y cada noche rezaba para que no te pasara nada.

PACO- Pues parece que tus oraciones han sido escuchadas.

(Se miran y sonrían)

PACO- ¿Sigues pensando que soy un muerto de hambre y un renegado?

MARÍA- No. ¿Y tú continúas pensando que yo soy una malhablada?

PACO- Para nada. Oye María... ahora que el asedio ha terminado y que por fin volvemos a vernos... ¿querrías casarte conmigo?

MARÍA- ¡Coño, claro que sí!

(Se abrazan. Entran PILAR y PLÁCIDO, sucios y agotados)

PILAR- Agua, por favor... Un poco de agua...

(PACO y MARÍA corren a llenar dos vasos de agua de una jarra y se los dan a PILAR y a PLÁCIDO, que beben con avidez)

MARÍA- ¿Qué ha pasado?

PILAR- Venimos de Zaragoza. ¡Y casi nos pilla el enemigo! Al final mi labor como espía no ha podido evitar que los franceses conquistaran la ciudad.

PLÁCIDO- No seas tan dura contigo misma, a pesar de todo has hecho un trabajo muy bueno: gracias a tus informaciones has ayudado varias veces a los nuestros a romper el asedio, y también a rechazar varios ataques a las murallas.

PILAR- Me habría gustado hacer mucho más.

PACO- ¿Ustedes estaban allí cuando la ciudad ha capitulado?

PLÁCIDO- Sí. Pero los franceses no tenían suficiente con nuestra rendición, también querían humillarnos.

MARÍA- ¿Por qué lo dice?

PLÁCIDO- Han exigido a las autoridades que les librarán el escudo de la ciudad y la bandera de Aragón, que colgaban en el ayuntamiento. Pretendían llevárselo a Madrid como trofeo de guerra.

PILAR- Pero no podrán porque los tenemos aquí.

(PILAR y PLÁCIDO sacan el escudo y la bandera y los despliegan para mostrarlos)

PACO (admirado)- No me lo puedo creer...

MARÍA- ¡Ni yo! ¡Qué alegría!

PILAR- Al menos conservamos los símbolos de nuestra libertad.

PACO- ¿Y han dejado algo en su lugar? ¿O no han dejado nada?

(PLÁCIDO y PILAR se miran. Van a contestar pero llaman a la puerta)

PILAR- ¿Quién debe ser? No esperamos a nadie.

PACO- Voy a abrir.

(PACO sale. PILAR y PLÁCIDO esconden la bandera y el escudo. Entra PACO, acompañando a MORLOT)

PACO (anunciándolo)- El general Morlot.

MORLOT- Señoras, señores... He venido a despedirme. Especialmente de usted, Señorita Pilar. Tras nuestro triunfo en Zaragoza me reclaman en París. Lástima que esta victoria no haya sido tan completa como esperábamos.

MARÍA- ¿Por qué dice eso?

MORLOT- Íbamos a llevarnos como trofeo de guerra el escudo de la ciudad y la bandera que ondeaba en el abultamiento.

PILAR- Querrá decir en el ayuntamiento.

MORLOT- ¡Eso mismo! Pero en su lugar nos hemos encontrado con esto.

(Saca dos prendas de ropa y las despliega. Son la camiseta del Barça y la camiseta del Real Madrid que PACO le dio a PLÁCIDO)

MORLOT- He recibido órdenes de llevármelo igualmente a París. Quién sabe, a lo mejor en el futuro estas telas hablan.

MARÍA- Querrá decir que darán que hablar.

MORLOT- ¡Eso! En cuanto a usted y a mí, señorita Pilar, como las órdenes no me permiten permanecer aquí, me veo obligado a renunciar a nuestra relación, con todo mi dolor. Creo que es lo mejor para los dos.

PILAR (disimula)- No sabe cuánto lo siento. Pero lo entiendo.

MORLOT- En fin... Que las vaya bien.

(Se cuadra militarmente y sale)

MARÍA- ¿Qué haréis, con la bandera y el escudo?

PILAR- Plácido y yo las guardaremos. Y cuando el rey Fernando vuelva al trono y este país tenga una constitución, se las devolveremos al pueblo de Zaragoza.

PACO- ¿Usted cree que en futuro la gente hablará de nosotros, señorita?

PILAR- ¡Por supuesto que sí! Porque hay derrotas que tienen más dignidad que una victoria. Para la gente seremos... los héroes de Villafranca.

PLÁCIDO- Me gusta.

MARÍA- Y a mí.

PACO- Y a mí también.

TODOS (a la vez)- ¡Los héroes de Villafranca!

MARÍA- ¡Claro que sí, coño!

OSCURO